EVAR MENDEZ

Palacios de Ensueño

El campanario y las campanas — Palacios de Ensueño — El jardín de las sonrisas — El ornamento de la Soledad — Elegías mínimas — Emociones Pradiales — La Buena Pasión — Clarines Heráldicos

PRÓLOGO DE RICARDO ROJAS

ARNOLDO MOEN & Hno., EDITORES
323, FLORIDA, 323 — BUENOS AIRES
1910

De esta obra se han impreso diez ejemplares sobre papel del Japón, numerados y firmados por el autor.

ES PROPIEDAD DE EVAR MENDEZ

Prólogo

PRÓLOGO

Como pórtico de estos *Palacios de Ensueño,* habrían bastado las palabras que el propio autor pone más adelante, en la primera página de sus poemas. Pero Evar Mendez ha querido que yo, su descubridor y su bautista de hace tres años, lo presentase ahora al público, en el instante de su iniciación. Confiésole, no obstante, que hubiese preferido al joven aeda emprendiendo el azaroso camino sin mentor y sin maestro, afincado todo el poder de su esperanza en la virtud talismánica de la lira. Mas fuerza es también, á la sinceridad del prologuista, decir que ha aceptado la presentación, absolutamente ajeno á toda complacencia amistosa ó fácil pontificado, porque reconoce en este nuevo escritor las cualidades de un verdadero poeta. *Palacios de Ensueño* vale en la medida de esa revelación; y si es un libro embrionario, la responsabilidad de sus muchos defectos compártenla casi todos los jóvenes portaliras que acaban de llegar: son

un producto del mal gusto reinante bajo la égida de falaces ejemplos, en el desorientado campo de las letras americanas.

Hace tres años, Evar Mendez, á quien á la sazón no conocía, vino hacia mí por la primera vez, en busca de un juicio para el primer manuscrito de sus poemas, y de un consejo sobre aquel testimonio todavía indeciso de su vocación. Llegaba de Mendoza, su provincia natal, neófito entonces en urgencias de gloria, pertrechado de ensueños y apercibido de esperanzas, arrancado á la paz de su rincón montañés por la fascinación metropolitana, viajero del camino que tantos argentinos recorriéramos, de modo que su actitud no pudo serme indiferente, pues para comprender esa emoción, me habría bastado recordarla... Pálido y magro, gastaba su silueta el tipo ágil y soñador que conviene á la estirpe de los lunáticos; adolescente y lampiño mezclaba en su coloquio intuiciones y errores que acusaban lo precario de sus estudios y lo fino de su sensibilidad; tímido en las palabras y vehemente en los sentimientos su ser espiritual se integraba en una viva contradicción; y su plática sumaria resultaba asaz pintoresca, por lo abigarrado de sus lecturas, por lo escaso de su experiencia, por lo aprendido de ciertas actitudes mentales, por lo ingenuo de tal cual descubrimiento, por lo literaria que resultaba su visión de la vida, por cuanto constituye, en una palabra, la debilidad y el encanto de la edad juvenil.

La lectura de aquel primer manuscrito, confirmó en

mi ánimo esa opinión. Aconsejéle entonces evitar la publicidad, dictamen que, por haberlo seguido, debió saberle á amarga desilusión, pues yo le había visto celar aquellas páginas prolijas con la emoción de un artista que guardase los pergaminos miniados de un viejo códice. Díjele, usando de la misma franqueza, que, á fin de dar á su sensibilidad y á sus metáforas más duradera forma, se ahincara en el estudio, y no saliese á justar el noble lauro sino cuando hubiese docilizado su idioma y disciplinado su estro en la penosa gimnástica de la lima: todo ello, naturalmente, bajo la advocación del claro emblema que Horacio dió á los Pisones:

Qui studet optatam cursu contingere metam
Multa tulit fecitque puer; sudavit et alsit;
Abstinuit Venere et vino. Qui Pythia cantat
Tibicem, didicit prius extimuitque magistrum.

Durante los tres años transcurridos, Evar Mendez ha seguido el consejo. No podría garantizar si se ha abstenido de Venus y del vino como el atleta horaciano; pero os aseguro que, á semejanza de éste, ha soportado su calor y su frío y como el flautista pítico del latino, ha estudiado su canto. Danme testimonio de ello las poesías que hoy entrega á la publicidad. Deficiente por su forma y demasiado juvenil por su fondo, no es, desde luego, un libro definitivo lo que ha lo-

grado. El mismo se anticiparía á vuestras censuras, reconociendo todo cuanto le resta por jornadear en la vía larga y difícil del arte. Las obras maestras, cuando singularmente llegan, suelen ser un producto de madurez. En presencia de este joven escritor y de su obra primigenia, bástenos reconocer que saludamos la aparición de un nuevo poeta. Prócer ó subalterna, su estatura definitiva le será marcada por la integridad de su labor futura.

En cuanto á la obra actual, confieso, después de haber fijado la posición de su autor, que ella me place más por cuanto revela que por cuanto realiza. Hay en el ambiente de estos *Palacios de Ensueño,* un subjetivismo que no llega á las beatitudes del sentimiento porque se debate en las más elementales formas de la sensualidad; y muestra la arquitectura de sus estrofas un ritmo expontáneo cuya serenidad es á cada instante rota por un mal imaginado designio de "modernismo" No podía esperarse otra cosa de este desertado del Colegio Nacional, que interrumpió sus apacibles lecciones de geografía y gramática, para saltar á las inquietantes lecturas de Beaudelaire y Laforgue, enbellecidos por la lumbre satánica de sus veinte años. Su sensibilidad debió también, paralelamente ser presa y provincia de quienes él juzgaba geniales innovadores de la métrica, y así ha plagado sus poemas de alejandrinos sin ritmo, de consonancias en monosílabos átomos, de acentuaciones caprichosas y diptongos disueltos ó formados fuera de la prosadia idiomática, sin contar

otras "originalidades" simplemente mecánicas, que el lector constatará por sí solo, y que el autor juzgó, sin duda, primor esclarecido de sus modelos. Pero ni aquella rebuscada lujuria ni estas presuntas novedades del verso me alarman, porque sé que de ambas redimirán á su autor los años y el estudio. Acaso él mismo, en una de las últimas composiciones nos anuncia esa redención por la vuelta á la serenidad eterna de la naturaleza y del arte, cuando nos dice en su *Clarín Heráldico*:

Prodigiosa, por fin encontré mi energía,
Mi primavera, mi astro, y mi mar y mi abril;
Arrojo mi lujuria y mi melancolía,
Y ante el sol que deslumbra en la frente del día,
Abro mi alma y cierro mi torre de marfil.

Esperemos un próximo libro, donde según el venturoso presagio, Evar Méndez haya de darnos una visión más sobria, más directa, mas armoniosa de la vida. Elabore el poeta sobre las propias sensaciones; pero atrayéndolas hacia el centro ardiente de su alma, embellézcalas de emoción, de sentimiento, de ideal, y si le es posible, llegue hasta las alturas religiosas del emblema y del mito. Séa no solamente modelador de las formas, pintor y escultor, sino músico, hierofante y filosófo. Aprenda por el dolor y la meditación interiores que el amor no es solo la lujuria de los lechos accidentales, siendo algo más noble que no reside en

nuestros labios y en nuestras manos, — su torpe, apenas, y triste idioma, — sino en las fuentes sagradas de nuestro sér; y devele, por el dón demiúrgico de que está dotado, la identidad que hay entre ellas y el sexo obscuro de los astros. Procure descubrir la Quimera y escuchar la Esfinge, y si no le es dado verla ni oirla, comprenda al menos que ni aquélla es todo el Ensueño ni ésta todo el Destino, sino ambas—¡también!—encarnaciones ilusorias y transitorias del vasto misterio que nos rodea. Entonces cante el poeta, y tenga siempre la sinceridad suprema del canto. No deje que los hombres sorprendan su ignorancia, ni él intente sorprender la ignorancia de los hombres. Ajuste su verso á un ritmo personal, y no al ritmo paradisíaco de D'Annunzio, ó al ritmo crepuscular de Samain, ó al ritmo lunático de Laforgue, como en este libro ocurre.. y en otros libros. Apodérese para ello de todos los secretos del idioma en que ha de traducir su "yo" recóndito. Sea siempre idéntico á sí mismo; y en vez de simular durante el curso de su carrera, un espejo brillante y giratorio que reproduce figuras distintas, séa una de esas figuras, tangible y viviente. Sepa que la única excusa de la extravagancia es la originalidad, pues cuando una excentricidad no es nueva, agrava la tristeza del anhelo impotente con el envilecimiento del remedo. Estudie la genealogía de las "novedades" que admira, hasta saber que las notas en prosa son anteriores á las *Complaintes*, ó que el rimar dos palabras con una, es, en nuestra lengua, recurso tan viejo como el *Cancionero* de Baena

Presérvese de las modas literarias, y aún cuando sean de oro, no las use sino en liga con el metal resistente del clasicismo, porque el cuño del oro por su ductilidad es deleznable. (Tal es mi consejo, querido Evar Mendez, y ahora sigue tu camino, duro al destino y sordo á la adulación).

Hé ahí, lector, por qué me he decidido á escribir estas líneas: tiene el autor de los *Palacios de Ensueño* la sensibilidad nativa del verdadero artista; tiene su inteligencia una virtud de crecimiento por rápida asimilación. La primera de estas constataciones autorizará siempre la acogida en un país como el nuestro, que comparte aún su extensión entre el misterio de la naturaleza intacta ó el aterramiento de una población materialista. Necesitamos de los que lleguen á trasuntar en armonía la belleza virgen de los paisajes nativos ó á evangelizar á semejante pueblo en las altas virtudes del idealismo. La vieja lucha entre la civilización y la barbarie no ha terminado para nosotros. El esfuerzo de los antecesores fué por la conquista de la libertad y del orden; el de los actuales y venideros habrá de ser por la conquista de la cultura y la belleza. Dadas las condiciones de la vida argentina, el legista y el soldado deberán ceder su puesto al maestro y al artista, paladines de la nueva empresa y sacerdotes de la nueva iniciación. El espíritu de las cosas rurales, pasivo y obediente donde quiera que haya triunfado la Ciudad, vence por lo contrario entre nosotros, hecho energía en la cosecha y persona en el estanciero, sobre el espíritu de las cosas

civiles. Bienvenido sea, y útil á la patria, todo aquél que llegue á acrecentar el número de la escasa falange, por la obra, por la vida, por la palabra, ó simplemente por la contemplación. A ese número se incorpora Evar Mendez con el presente libro. La cualidad progresiva de su inteligencia, descubierta en la comparación de sus primeros manuscritos y sus poemas actuales, sustenta por sí sola una esperanza, pero dependerá de su conducta y del uso que haga de su sensibilidad, el defraudársela ó nó, á quienes le ahijamos poeta, en estos ritos augurales del primer aplauso...

RICARDO ROJAS.

Buenos Aires, 1909.

PALACIOS DE ENSUEÑO

INTRODUCCIÓN

Palacios de Ensueño

Este libro no es la obra de un individuo exclusivamente poeta ni artista.

Regido su autor por un ideal absolutamente natural y humano, — el ideal de la exaltación de la vida, — esta obra cabe dentro de su norma, pues, considerando que antes que poeta es Hombre, afirma que la poesía y el arte en él son una parte, no el todo de si mismo.

Tiene su vida para cultivarla y su huerto entre otros ha dado este fruto.

Desea por tales razones ser considerado como un individuo cualquiera que ha escrito este libro respondiendo á una necesidad de su espíritu, y no crée, porque haga verso y poesía, ser un "Poeta" en el sentido de "ser extraordinario" que la palabra ha tomado á traves del tiempo.

No fuera sincero dejar creer lo contrario. Por otra parte, duda de las "vidas singulares" en su siglo.

Es un hombre que ha escrito un libro de versos como pudiera haber plantado un jardín, ambos para su placer.

EVAR MENDEZ.

El campanario y las campanas

CABALLERO DEL ARTE

Algo como un relámpago cruzando el firmamento,
Como un grito gigante en las alas del viento,
Llegó del infinito azul del horizonte:
Era la luz del Sol ó la voz de Caronte.

Y yo que estaba solo en el negro paisaje
Y desnudo, — vestía el único ropaje
De la Fé y del Ensueño, — ví el fulgor y oí el grito
Que vino desde el hondo azul del infinito.

Era todo como una inefable harmonía
Que hiciera dar pavor, dar dolor y alegría:
Y tuve la intuición de mi destino en tanto.

Y traduciendo el ritmo que rige el Universo,
Apolonida, digo la harmonía en mi verso,
Caballero cruzado de ese Espíritu Santo.

ARTE POÉTICA

I

Ser humano: si entiendes ya el ritmo que late en la vida,
Que rige y ordena los mundos, y en todas las cosas impera;
Que es el mismo que rige á la estrella ó la flor escondida,
Que es TODO y es UNO: levanta tu canto que ya nada espera.

Interprete tu verbo, más, sabe encontrar la perdida
Enunciación, que es el Alma, y aprende que fuera
De lo humano, el Gran Todo es divino,—melodía no oída,—
Y que debes unir lo divino y lo humano. Simiente en la era:

Fructificará en inusitado florecimiento de cielos,
Florecimiento de iris, florecimiento de auroras,
Y en la flora imposible de todas las ansias y anhelos.

Pero sabe que debes unir á lo humano lo eterno divino,
Y asombrar con tu ritmo la danza que danzan las Horas;
Con tu verso, que encierra la Vida y la Muerte en su albor argentino

II

En ti mismo, Iniciado, hallarás la suprema harmonía.
Y tu espejo refleja el azul, y refleja el paisaje del mundo.
Y la vida interior que en tí bulle es el fin del profundo
Misterio que ordena y que rige los números de esa melodía.

La palabra fluirá de la idea que es noche ó que es día,
Y su ritmo es el ritmo de tu pensamiento —mundo
O impuro— que surge en la clave de tu ser, profundo
Abismo de sombra y misterio, el Imperio de la Fantasía.

Más, sé humano y divino. El alma y la carne
Y lo excelso y supremo de todo tu palabra encarne,
Une el cuerpo y el alma, y sé uno, y tén fé, y sé fuerte.

Es tu ritmo el de todas las cosas; no tienes ni cánon ni leyes,
Y pues sabes del modo que marchan al cabo los siervos y reyes,
Vé tranquilo y sereno à bogar en el mar de la Muerte.

SCOLIO

Mi musa es una adusta Madona pensativa,
Grave como Atenéa y como Diana altiva.
A veces es perversa como Diana, y es fuerte
Como Atenéa. Sabe de la Vida y la Muerte,
Y me dicta la cátedra del Bien y el Mal — la ciencia
Suprema. Hay algo místico que anuncia su presencia
Dentro de mí. Su aspecto no se conmueve nunca.
Y su gesto, ya sufra acaso por la trunca
Ilusión que se muere ó llore por la vida
Que es tan triste, no cambia. Sabe hallar la perdida
Apariencia pagana. Es de mármol. Pero ella,
Que es sincera, se muestra blanca como una estrella
Y desnuda. Es la misma verdad. El sexo ignora
Y no tiene moral. Es hija de la Aurora
Y novia del Crepúsculo. Un poco triste á veces,
(Ama las avenidas sombreadas de cipreses.)
Pero serena siempre. Por eso mira al cielo.
En la orquesta adora al gimiente violoncello.
La luz que mas la encanta es la luz de la luna:
¡Tan suave, casi tibia, vaga como ninguna,
Como ninguna dulce! Por eso adora á Schuman
Y á Beethoven, y las violetas que sahuman
De suerte tan discreta. No obstante, es una altiva
Mujer, esta Madona adusta y pensativa.

Palacios de ensueño

Sombras Helénicas

DANZA ANTIGUA

A lo lejos los montes se juntan con los cielos
En donde el sol entrante prodiga sus adioses.
Y en el prado se oye un concierto de voces
Y risas, y de un sistro los ritornelos.

Cuatro jóvenes danzan envueltas en sus velos.
Es una danza antigua. Sus ritmos no veloces,
Dan plásticas visiones venusinas. Los dioses
Miran la danza antigua que á los faunos dá celos.

La selva se apenumbra porque se vá la hora.
El crepúsculo en marcha el sacro laurel dora,
Y se queda silente de cantos el ramaje.

Más, de pronto, la danza se detiene: han oído
Las danzantes, lejano, algun divino ruido...
Y una dice: — Es la flauta de Pan entre el boscaje...

MARSYAS

Nous n'irons plus au bois,
les lauriers sont coupes!
Th. de Banville.

No podemos ya Enone vagar bajo la fronda,
Ni perdernos unidos por los verdes senderos;
Ni cortar yo los lirios, ni tú hacer prisioneros
Los tiernos ruiseñores... El cantar de la onda

Ya no suena su canto á la náyade blonda,
Ni se oyen de lejanas flautas en los oteros
Las rústicas sonatas de los sátiros fieros,
Y las cañas no dejan que la ninfa se esconda...

El bosque está desierto y otoñal: deshojado...
¿Recuerdas que, escondidos, siempre hemos escuchado
La encantadora flauta que sonaba Marsyas?

Pues bien, Enone, Apolo envidioso ha destruido
El bosque y el flautista ¡Oh dulce tiempo ido!
Ya no iremos al bosque en los futuros dias...

EL CONSEJO DE PAN

Iba yo por un bosque frondoso; dejé el prado
Y las montañas. Junto al río los cañizos
Fingían evocar mil rosados hechizos
De sonrientes náyades de cabello dorado.

Cuando miré, de pronto, en la orilla sentado,
A Pan, el dios, y al lado su flauta de cañizos...
Estaba triste y pálido: sus ojos indecisos
Vagaban. — ¡Yo, mortal, vi por fin realizado

Mi sueño! — Mas, entonces, apercibióse el santo
Caprípede y llegóse hasta mí, lento, en tanto
Que yo temblaba lleno de emoción, y me dijo:

— "Jóven, no busques más la palpitante y blanca
Ninfa ó náyade vírgen de ebúrneo seno y anca."
Y en mi hombro su mano y mirándome fijo:

— "Tu sabes de Siringa que de mi flauta arranca
Mil sonatas y me clava en su crucifijo"...

OTHYLIA

Una Grecia de ensueño...

¡Oh lirios y amatistas
Y oros del sol y mieses! Mientras tu, Mar, existas,
No harás olas mas verdes que sus verdes pupilas
De aguas profundas, silenciosas y tranquilas,
Con la malignidad de abismos impasibles,
Sedientos de tragarse las almas, increibles
De bellos y perversos... Este idilio, esta pena
Que va á ritmar mi flauta—¡oh mi dulce, oh mi buena
Era en que yo ajustaba mi aria ó ritornelo
Al doliente gemir de un viejo violoncelo! —
Este idilio, esta pena que va á ritmar mi flauta,
Está escrita en los oros que interpretan la pauta
De los soles entrantes en las vastas praderas,
Cuando, sobre los mieses que han dorado las eras
O encima de las viñas que el viejo Pan visita,
(Como en la antigua Arcadia, para llorar su cuita
En la sabia siringa que su pena interpreta.)
O sobre las montañas, que dibujan su escueta
Figura que se eleva alta como los cielos:

Baten las tardes tristes sus dolientes pañuelos
Empapados de angustias, y se visten de oro,
De violeta ó de púrpura ó de malva, ó en coro
La omnicromía del Iris... Aún esas campiñas
Aureoladas de mieses ondeantes ó de viñas,
Donde un bíblico aroma brota de las aldeanas
Costumbres, allí en donde se escuchan las campanas
Llamar con voz angélica los creyentes sencillos,
Y al tramonto se oyen gemir los caramillos;
Aún esas campiñas recuerdan de la blonda
Como la miel ó el oro, de la pupila honda
De mar.

Decía la espiga al verla pasar rauda:
— ¡Es mas rubia que mi oro su luminosa cauda!
Y decían las viñas: — Oh, que verdes sus ojos!
Y un gran lagarto verde huía por los rastrojos
Anonadado por la envidia á su mirada.
Y ella pasaba como una sonriente hada,
Señora de las mieses, Señora de las viñas,
Señora de los soles; y decían las niñas
De la aldea: — ¡Es una hada!

Cuentan de Pan que un día
Creyó que su adorada Siringa revivía
Al encontrarla al tiempo de volver un camino;
Y el viejo dios, doliente y senil, vió un divino
Milagro producirse. Y era que en una linfa
Sombreada de sauces se bañaba la ninfa
Othylia, y ¡oh deidades tutelares! la bella
Creyó oir un rumor caprino cerca de ella,
Y un hálito que ardía en la selva dormida,
Y huyó, como lo hiciera Diana sorprendida

O la misma Siringa: desnuda como un astro,
La cabellera suelta... y el divino alabastro
De la Luna, le hizo un vestido de lino
Ideal, que cubriera su cuerpo diamantino.
Y Pan, en su doliente flauta, desde ese día,
Suena en las tardes otra mas triste melodía...

Y esta hada que hacía florecer la pradera
A su paso, hizo florecer mi primavera.
En un día en que iba á morir mi ilusión
En sus manos piadosas dejé mi corazón.
Fuí dueño de sus ojos, de sus blondos cabellos,
Y de sus senos núbiles. Y hallé miel rosa en ellos.

Y este idilio lo saben las doradas campiñas
Y me envidian aún las verdeantes viñas...

Panneaux Boticelli

LAS NUEVE HERMANAS

Las nueve musas salen de un bosque de laureles, (*)
Visten de blanco, rosa ó de azul, y en la mano
Trae cada una una flor, un mirto ó un aciano.
Y á sus rítmicos pasos florecen los claveles.

Sus actitudes son solemnes y son fieles
Al sacerdocio con que rigen el arcano
De la harmonía: el cielo su sonrisa de anciano
Les envía, acuñada en azules troqueles.

La dulce theoría de las eternas diosas,
Que pasa perfumando y alegrando las cosas,
Va hasta donde está Apolo á rendirle loor.

Y el dios, que ha detenido su carro en Occidente
Alargando la hora crepuscular, sonriente
Y divino, recibe de cada una una flor.

(*) Salen las nueve musas de un bosque de laureles.

Ruben Darío

RETORNO DE FLOREAL

Pasa un largo cortejo de mujeres floridas
Y de rientes niños saltantes y alocados,
Que, sobre la gramilla que verdea en los prados,
Despiertan á vivir á las cosas dormidas.

Maravillando ver cómo, en las avenidas
Y en las frondas los trinos se elevan agitados,
Y brotan los laureles y los mirtos sagrados,
Y revuelan libélulas y cigarras unidas.

Entretanto el cortejo se aleja en el boscaje,
A su cabeza marchan con desceñido traje,
Mostrando ebúrneos senos y euritmica cadera,

Núbiles que entretejen guirnaldas ó que vierten
Pólen: y á conducir otras el carro advierten
En que pasa radiante la vírgen Primavera.

FŒDERIS ARCA

En el bosque que llenan de perfume las rosas
Y en donde todo es luz y es todo perfumado,
Los laudes del viento hace poco han dejado
Un canto que á las ramas volviera temblorosas.

Libélulas, cigarras, abejas, mariposas,
Vuelan y rumorean. Entretanto en el prado
Una saltante tropa de niños ha pasado
Ululante de risas ingenuas y harmoniosas.

Es que juegan y siguen al tierno y dulce infante
Jesus, que corretea, mientras la madre amante
Sonríe con divina sonrisa; en tanto, un angel

A su lado, la inciensa; y á su vez Dios la envia
Un rayo de la Luna, al tiempo que á María
Custodia del demonio con su espada el Arcángel.

HOMENAJE FLORAL

Es en un verde prado un concurso de flores
De luces, de gorgeos, de risas y de trinos.
Y la tarde sonríe en violetas divinos;
Revuelan mariposas y cantan ruiseñores.

Una turba gentil de jóvenes, loores
Elevan á los cielos, y se oyen argentinos
Decires, y alabanzas á la vida; y, albinos,
Blanquean largos velos ó de claros colores.

Y Sandro Boticelli pasa meditativo,
Con un ingenuo gesto de hombre primitivo,
Quizás acariciando un ensueño en su mente.

Entretanto, una niña se acerca ruborosa
Y sonriente, y le ofrece, con su boca de rosa,
La mas noble corona que merece su frente.

Tríptico Watteau

A Emilio Becher

I

Mussé, Lilly y Fanfán. La que tiene más, tiene
Siete años, y son rubias y bellas; lo son tanto,
Que un manso ruiseñor que ellas poseen, viene
A besarles los labios y á cantarles su canto.

Mussé, la de los ojos verdes, aislada se entretiene
En morder una rosa que pone mas encanto
Y carmin en su boca; mientras Lilly conviene
En que es mejor la fresa que mancha de amaranto.

Fanfán trepa á los árboles y se roba los nidos,
Apresa las libélulas y los lirios floridos
De quien ella atesora la luz y la fragancia.

Sus ojos son dos mares azules é infinitas.
(Niñez de tres graciosas y alegres marquesitas
Que en el siglo diez y ocho florecieron en Francia.)

II

Pasan las primaveras. Ya Mussé muy bien sabe
Sentir un madrigal que escribió Duplessis, —
El duque y cardenal de Richelieu — y al clave
Toca admirablemente minuetos de Lulli.

Lilly, que era sonriente y alegre al par que suave,
Ha aprendido á Ronsard: *Mignone, allons voir si*
La rose... Y la canción no le impide que alabe,
Coqueta, el haber dicho muy pudorosa, un si

A Carlos de Orleans, el gentil duquesito...
Y hay un jóven abate que en su aspecto contrito
Oculta una pasion naciente por Fanfán,

Traducida por hondas miradas á hurtadillas
Cuando la marquesita devota, de rodillas,
Con fé, oye la misa mayor de Notre Dame.

III

En el bello parterre — que el artista decora
Con estátuas y fuentes — del palacio ducal:
Nobles, abates, pajes, Madame, — la encantadora
Duquesa —, que acompañan Mussé, Lilly y Fanfán

Tarde de fiesta. En tanto el Duque rememora
Aventuras galantes, — picarezco y locuáz —
Ante el grupo de amigos, y la risa desflora
Su flor, entre las damas se procura ocultar

Con discreción, la audacia de la atrevida apuesta,
De quien és, de las jóvenes que acuden á la fiesta,
La de más bellas piernas. Es juez el paje Eudoro.

El decidir es árduo. ¿Es Lilly, es Fanfán?
¿La divina Mussé?... La incertidumbre es tal,
Que se queda sin dueño la manzana de oro.

Los beneficios de la luna

En memoria de Jules Laforgue, autor
de «L'imitation de Notre-Dame la Lune»

LOS BENEFICIOS DE LA LUNA

Una influencia que á veces es laudable ó perversa,
Y por la misma causa que es benigna ó adversa,
Se esparce desde el orto dormido de la Luna.
Y es por causa de ese astro enigmático, de una
Desmedida aficion por las cosas humanas,
Que el hombre es tal como es. Las primeras mañanas
De la Biblia lo afirman: Eva... el Eden... la causa
Fué toda de la luna. Y, despues, una pausa
En que se encierran todos los hombres. Los lunáticos—
Profetas, Cristos, Héroes, Filósofos, Extáticos,
Vírgenes, Santos, Reyes, seres extraordinarios
Desde Abraham y Confucio á los estrafalarios
Zíngaros violinistas... (Hay una inmensa escala,
Y en ella Nerón, Dante,...)
¿Pero es la luna mala
Y perversa y nefasta? — ¡Nó! pues sabeis que un día
Ella inventó el amor y el beso ¡oh, melodía!
Es caprichosa, si, y enamoró á Endimion
Por lo mismo que hizo devorar á Acteón...
Y esta histérica hipersensuada se complace

En llenar de amuletos á todo ser que nace
Desde otra vida. — Vida anterior, presentida
Y latente. — Esos seres traen desde esa vida
Grandes pecados, grandes y hondos remordimientos
Y maldiciones de la divinidad. Cientos,
Millares, tantos, tantos... que la Luna se apiada
Y envuelve sus cabezas con su manto de hada.

He aquí que la Luna una noche abandona
Su palacio encantado y su corte, y pregona,
Por medio de sus pajes las estrellas errantes,
Que desciende á países, aun los mas distantes,
Como un hada benigna á repartir sus dones:
Gemas raras traidas de las Constelaciones
Y Las Mil y Una Noches, sus blancos alabastros,
Sus linos con que hacen escalas, y á los astros
Escalan los lunáticos.

Y empezó por Lutecia
Hacia mucho tiempo que habia muerto Grecia;
Albión moría de tisis, y Germania é Iberia
Fallecieran en una espiritual miseria.
¡Que distantes estaban Pan y las cornamusas,
Apolo, el sacro monte y las divinas Musas!
Y Wadan y Tristan y Thor, ya que distantes,
Y en Iberia ni Góngoras, Quevedos ó Cervantes...
Y, como preferidos por los manes divinos,
Empezó á dar sus dones en los pueblos latinos.

Como en aquella noche naciera Baudelaire,
Se apiadó del mal signo de Zodíaco en que el ser

Venía á vivir la vida, — porque ya era maldito
De Dios — pues el infante, del no ser ya proscrito,
Tenía como ancestro al maldito Caín...
Y esta Fata Morgana, dolida de tan ruín
Suerte, dejó en su cuna, como una muestra sabia
De sus dones, cinamo, rosas, mirra de Arabia.
Ambares y opoponax, violeta, Ilang-Ilang,
Almizcle, incienso egipcio, lilas y sandringham,
Y el signo de Zodíaco, su ascendencia y su cuna,
Perfumada de exóticos perfumes por la Luna,
Nos dieron á este grande y divino lunático
Extraordinario, bello, satánico y acrático.

Como tambien Verlaine por entonces nacièra,
Y viniera influenciado por Saturno, y viniera
Maldito por los dioses, le dejó un cofrecillo
En el cual se encontraba un viejo caramillo,
Una siringa griega y una materia ardiente
Maleable y sensible, que era un alma naciente
De sátiro ó de fauno; de modo que este raro
Ser, que venía maldito, que era como otro Icaro
Ya perdidas las alas, alzaba su plegaria
Del todo arrepentido, y no tardaba un aria
En salir de su flauta. Y esa alma — que calzaba
Como una vaina su alma — en su cuerpo se entraba,
Y se volvía un fauno, cautivando su flauta
De mágicos sonidos, á la ninfa que, incauta,
Se rendía á su cuerpo velludo... y ya volvia
A entonar una antífona á la madre María...
Y dolorido y todo como Job, tenía una

Melodía en los labios... ¡y todo por la Luna!

Nació otro para ser Tribulat Bouhomet, —
El doctor, — y este era Stephane Mallarmé;
Pero vino la Luna y leyendo su signo,
Le dió, para anular el destino maligno,
Una malla tan preta — para su alma — y hermética,
Que el Señor Todo-el-Mundo nunca éntendió su esté
(tica.
Y de ese modo en su torre de marfil
Labró sus oros y manejó su buril.

Aun había otro ser que traía un terrible
Signo. Ya los astrólogos temían un posible
Cataclismo, (los astros describían elipsis
Nunca vistas,) pensando en el Apocalipsis,
Y era El, del que hablan las páginas sagradas,
Todas las profecías estaban confirmadas.
¡Ese era el Anticristo! No habia duda ninguna.
Estos signos apenas pudo vencer la Luna,
Y el mas grande lunático, desde que el Mono es Hom
(bre,
Nace, destruye mundos, é inventa el Superhombre.
Pués, aunque puso sus mas grandes beneficios
En esta cuna, se cumplieron los prejuicios
Del Destino: y de aquella gran ocasion la Luna
Se ha tornado mas pálida y es la noche mas bruna.

(Hay una gran laguna,
Pues el poeta solo dirigió su astrolabio

A un solo punto cardinal, que con un sabio
Haz, en aquella noche, luminaba la Luna;
Y la cronología en cuanto se refiere
A cosas del satélite, solo sabe quien muere
Sin haber sido ungido por el olio nocturno
Del astro dulce y taciturno.)

Hizo, entonces, mas dádivas la Luna, así á Banville
Donó un "Manual del arte de esculpir en marfil,
El verso". El saltimbanqui fué á la par galo y griego.
A Leconte, descendiente del gran aeda ciego,
Diera un buril de oro y un mazo de diamante
Para labrar palabras y esculpir el vibrante
Poema de las eras; y dió lo mismo á Heredia.
A Albert Samain dió una claridad intermedia
Entre la luz de luna y el claror de la bruma,
Por eso en su verso hay como la vaga espuma
De una melancolía ancestral. A D'Annunzio:
Un antcojo mágico con que excruta el anuncio
Y el orígen de la pasion. Y cual ya antes
Lo hiciera con Cyrano, tendía sus amantes
Brazos á Glatigny, quien aspiró su esencia, —
El alma de la histérica y sonámbula, — ciencia
Que hoy Herrera Reissig posée. —
Asi la Luna
Satisfecha de su caridad oportuna,
Llegó á América, y vió que aqui otro ser nacía,
Pero que se ignoraba de que mundo venía,
Porque se vió muy claro que no era de este mundo.
Traía un hondo signo de males, un profundo

Y extraño signo. Díjose que era hijo de algun hada,
O de algun rey de Oriente, del Mar, ó de una alada
Criatura de otra vida, quizás de un dios Heleno.
Venía de lo imposible, y traía en su seno
Un tatuaje heredado talvez del Judio Errante...
Viendo entonces la Luna este signo alarmante
Más un don de lujuria y otro don de dolor,
Le otorgó de sus gracias la mas digna y mejor:
Eran un cisne — el pájaro sagrado —, un clavecino,
Una siringa y la lámpara de Aladino,
La alfombra maravillosa, la fuente de oro,
El pájaro que habla y el gran árbol canoro:
Como en el cuento azul, todo de "Las Mil y Una
Noches", y éste hombre era Ruben Darío.
Y la Luna,
Como hubiera agotado uno á uno sus dones,
Celebró su himeneo con Leopoldo Lugones.

Junio 1906.

El jardín de las sonrisas

ECCE FŒMINA

Encima de mi lecho, adosados al muro,
Penden varios retratos. Con un aspecto puro,
Rebosando bondades hierosolimitanas
Como un Cristo, hierático, Verlaine tiende las sanas
Beneficencias de su custodia en mi sueño.
Esta es mi triste hermana que perdura su ensueño
En el retrato. Aquella es Marion - la - poupée,
Y la otra, Liliana, y aquesta al lado de
Baudelaire, — que con su traje talar tiene un aspecto
De alienado ó fakir, ó de ebrio circunspecto,
Esa es aquella dulce ¡dulce y amarga! Clyo,
La culpable de todo el inmenso mal mio;
Sobre cuya adorada cabecita reposan
Bendiciones y maldiciones que rebosan
Mis amargados labios, y á quien, por mi pesar,
Mientras viva no he de poder olvidar...
Su figura está como un Ecce-homo, para
Noche y día y eternamente echarle en cara
Los martirios que sufro, las miserias que paso:
Al despertarme para sufrir de nuevo acaso

O al entregarme á la media muerte del sueño.
Se creerá á Clyo — á quién amé con tanto empeño,
Y que tanta alma mía se ha bebido — la suma
Amorosa; pues bien, su recuerdo perfuma
Aun mi vida, pero no pudo comprenderme
Jamás, y ya senil, cuando su alma enferme
Por fin para morir, llena de estupor
Del recuerdo, pensando en el tiempo mejor
Donde pudo ser real lo que hoy es imposible,
Dirá acaso extrañada: — ¿Como pude, es posible?...

Díptico Sentimental

A Atilio Morettl

HONORIA

Pura alma, dulce, con la dulzura ascendrada
De las resignaciones despues de un gran dolor,
"Convalece de males esquisitos", quemada
No obstante, cual Teresa, por un místico amor.

Y aunque espera en el cielo la dicha no encontrada,
Sedienta de ternuras, se agita en un temblor
De anhelados amores su pobre alma agobiada
De tristezas en sus cuatro lustros en flor.

Por sus claras y grandes pupilas pensativas
Se ve su alma; y sus manos — aves meditativas,
O alas ó perfumes — son un lirio lunar.

Y, encerrada en su cuerpo de frágil marquesita
Del Imperio, su alma divaga en la casita
Blanca, llena de flores, á la vera del mar...

ANADYOMENA

Su cuerpo es un milagro del arte: diviniza
La Curva, es Afrodita núbil. Su rostro auna
Al candor de las vírgenes de Guido Reni, una
Gracia de Lawrence, seria no obstante su sonrisa

Cual la de la Gioconda de Leonardo. Ninguna
Tristeza empaña su alma blanca que se desliza
Por el País de los Mil y Un Sueños; que hechiza
Una legión quimérica de feerías y luna...

Su garganta de cisne hace temblar de envidia
Al intocado seno joven que se fastidia
En su belleza intacta y en su inútil vibrar.

Es la vírgen que espera la mágica palabra
Que ha de hacer que su alma á la aurora se abra
Y se cierren sus grandes ojos para soñar.

AQUELLA NOCHE...

Aquella noche en tus pupilas
Había un fulgor tan singular
Que yo sentía en lo más hondo
Mi ser herido de un puñal.

Mas había tal dulzura en ese
Profundo y cálido mirar,
Que el corazon sentia ebrio
De un inefable palpitar.

En tus sonrisas había una
Flor, y otra flor, y otra flor mas:
(Esa exquisita flor rosada
Que habría querido deshojar...)

Y había en tus manos tal ternura
Y tal temblor, y tal afan
De acariciar había en mis manos
Que se juntaban sin cesar

Como atraidas por quien sabe
Que mago fluido; ó para hablar
Mudas palabras que las manos
Tan bien se saben murmurar!

En tus pupilas se pintaban
Signos que á mi me hacian temblar;
Sentia mis labios afiebrados
Y en la boca una sed fatal...

Y nuestras manos, casualmente,
Veníanse entonces á encontrar
Para decirse mil promesas
En un suave acariciar.

Y aquella noche te he mirado
Tan dulce, tan amante y tan
Suave y tierna, que mi alma
Estaba pálida de amar...

CUANDO AL VOLVER...

Cuando al volver de ese romántico
Paseo bajo las acacias
Nuestras dos almas eran una
Comulgando en iguales ansias,

¡Ah, tu no sabes cual quisiera
Tomar tus manos y estrecharlas
Pausadamente, dulcemente,
Con mi caricia honda y larga!

Fué entonces que, como se entrega
En brazos de la muerte, tu alma,
Rendida como una flor mustia
Que en los jarrones se extenuara,

Ante mis quejas entregaste;
Pues que tu alma en tus palabras
Venía, cual la luz que brilla
En el acero de la espada.

Y yo sentía los sollozos
Que atenazaban mi garganta,
O era que mi alma á tí se iba,
Llena de rezos mi alma pálida!

Una ternura dulce y honda
En mi ardía como una lámpara;
Una ternura de mil años
Constantemente acumulada.

Y fuera entonces que de gozo
Y de ternura extenuada
Mi alma sentí, entre tus cabellos,
Que un largo llanto te lloraba!

BESOS EN EL CREPÚSCULO

La tarde muere en elegías
De vagas luces que se apagan
Pausadamente, y las sombrías
Horas nocturnas lentas vagan.

¡Ah, yo no sé qué honda tristeza
Hay en la tarde, que se adueña
De nuestras almas, cuando en esa
Hora el alma en sufrir se empeña!

Tus besos lentos, en el serio
Atardecer, se hacen más largos
Que en otras horas, y un misterio
Inexplicable torna amargos.

Parecen sollozar con tanta
Melancolía que dá pena
Hasta llorar, y la garganta
De sus sollozos está llena.

En esta hora son veneno
Tus besos! Mas, une tus sabios
Labios, y junta al mio tu seno
Al mismo tiempo que tus labios!

Sufro hasta el llanto y si es posible
Aún más, en este instante adusto;
Hallo un placer indefinible
Y un dolor que en tu beso gusto.

¡Oh, no te alejes de mi lado
Que tenoo miedo en este instante;
Bésame con un beso dado
Con toda el alma ebria, anhelante!...

LA CANCIÓN DE LAS ACACIAS FLORIDAS

Pónte el sombrero de paja y el traje
Azul, la blusa bordada de encaje
Que transparenta las aristocracias
De tus senitos agudos y breves
Que tiemblan, cuando tus pasos atreves
Junto á mi por la avenida de acacias.

Pónte la clara botina pequeña
Que tu pié ajusta (botina que sueña
Para su pié Cendrillón por sus gracias)
Que no ha de herirse, pues solo en el blando
Musgo su huella dejará, vagando
Por los senderos floridos de acacias.

La cabellera á la espalda flotando
Y con tu gracia infantil deslumbrando,
Hacia los campos, las manos unidas,
Iremos para en la verde floresta,
Colaborar á la mágica fiesta
De las campiñas de acacias floridas.

Y nuestras risas irán como un canto
Para juntarse á los trinos de tanto
Sonoro pájaro, pués que tenemos,
Como cualquier ruiseñor argentino
Derecho para elevar nuestro trino
Cuando en las sendas de acacias vaguemos.

Me gusta verte que en el raudo arroyo
De cristal hundas tu pié sin apoyo
Con un escorzo de divinas gracias:
La cabellera á la espalda flotante,
Como algún hada del bosque habitante
Y coronada de flores de acacias.

Dame tu brazo y triscando vaguemos.
Como unos locos chiquillos iremos;
Creeré que llevo á mi brazo prendida
A Primavera divina y rosada,
Cuando á los campos huyamos, amada,
Por la avenida de acacias florida.

CANCIÓN DE AUSENCIA

A que país tan lejano
Te has ido aún tan temprano,
Que angel te tomó la mano
Y te guió?
No bien llegada te has ido...
Y apenas habías venido...
El angel que te ha traído
Te llevó?

O tu misma, peregrina,
Te envolviste en la neblina,
O te fuiste en la argentina
Luz lunar?
O algun rey maravilloso,
Encantado ó prodigioso,
Te ha ofrecido ser tu esposo
En el fondo de la mar?

O quizás es algún hada
Que envidiosa y despechada
Se vengó de ti, y airada
Te encantó?
¿Tu blancura quien no envidia?
Sé que el cisne se fastidia
Y el lirio lleno de ensidia
Te intrigó...

Aladino construía
Un palacio, reina mía,
Y al venir la luz del día
Te busqué,
Y no estabas; y el palacio
Que se alzaba hasta el espacio,
Hecho de oro y de topacio,
Derrumbé.

Tu serías Scheerazada,
Cendrillón la de mirada
Verde, acaso la dorada
Reina Mab;
Y por tus labios de guindas,
Y por ser linda entre lindas,
La princesa Sietelindas
De Bagdad ó de Morab.

Ya tu alcoba preparaba,
Y la mirra perfumaba,
Y el incienso se quemaba
Sin cesar.

Los tapices de Balsora
Y las perlas que atesora
Ormuz, esperaban la hora
En que habrías de llegar.

Yo te hice de esmeraldas,
Amatistas, gemas gualdas
Y berilos en guirnaldas
De esplendor,
Un santuario, una capilla
Donde mi alma se arrodilla
A incensarte en su sencilla
Fé y amor.

Más, te has ido tan temprano
No sé á que país lejano,
O algún genio de la mano
Te llevó al fondo del mar,
O tu misma, peregrina,
Te envolviste en la neblina
O te fuiste en la argentina
Luz lunar...

EL FINAL DEL POEMA

Quand les violons sont partis
E. Dubus.

Es fuerza que enmudezcan los violines
Y cesen las azules melodías
Que ritmaron los sueños de otros días,
Cuando por los románticos jardines
A mi vera tu encanto florecías.

Languidecida la embriaguez suprema
Del licor inmortal que hemos bebido,
Fuerza es que llegue el inefable olvido.
La página postrera del poema
Llegó y el postrer verso hemos leído.

A ti que amas el sol, que amas la risa,
La primavera y el azul del cielo,
Nada puede causarte desconsuelo;
Ni el mal que me ha privado de sonrisa,
Del goce de la luz, de ansia y anhelo.

Una vez que te vayas, las angustias
De espectral flora poblarán mi huerto.
Y bajo las estrellas que han abierto
Su luminar, verás tus rosas, mustias,
Bañadas por las lágrimas que vierto.

Tu recuerdo será el aroma grata
De mis noches sin luna. Tu memoria
Sonará dulcemente una ilusoria
Música: dulce y lenta serenata
Comentando el motivo de tu historia.

Hoy no te beso porque tu alma buena,
Cuando se apaguen ya las melodías,
No pruebe estas tristezas que son mías
Y la amargura que mi boca llena
Al irse los violines de otros días...

Sobre la Linea Curva

A Angel de Estrada (h.)

SOBRE LA LINEA CURVA

Divagando sobre el Arte y la Geometría
Por no sé que inconsciente pensar, ví que se unía
La Belleza omniforme á la curva, y me vino
La idea de que la curva es de orígen divino.
Ví en la Naturaleza que todo cuanto es bello
Participa del círculo; como lo que es destello
Del cerebro del hombre — La música y el verso
La pintura y la plástica — es todo un universo
De curvas; y la Venus, excelsitud del Arte,
Culminación inmensa que con nadie comparte
Su reinado en los orbes, infinita y suprema
Muestra de aquella excelsitud, único emblema
Del Amor y del Ritmo.

— La ideal perspectiva
En la tela es el símbolo de la curva. Deriva
De la visual del círculo, ya sea que el paisaje
Copie el espacio cóncavo, ó que grave el miraje
De la ola serpentina, de la ola cristalina,
De la ola ondulada, ó la efigie divina,

De la mujer. La onda que en el aire dilata
La nota de los pianos ó el violin, y la plata
Que rueda en trinos de cristal desde la fuente,
Es la onda armoniosa que ondula suavemente
Y que arulla al oído, ya nos hable de una
Melancolía de Schuman, ya del fulgor de luna
Que ondula en la sonata de Beethoven, ó acaso
Que nos diga de pastorales al ocaso,
De perfumes eglógicos y de aromas de pino:
Por causa es de la curva que es de origen divino.

La linea curva es alma del Arte, y el poeta
Que ya el ritmo divino ó el humano interpreta,
Curva el verso que estalla en fulgor de armonía. —
El arco de diamante del dios que es rey del día —
El verso que lo es todo, la suprema belleza;
Que es fulgor en las luces de la Naturaleza
Y es la flor y el perfume, y la brisa, y la onda,
Y la estrella y la espuma; el dia y la noche honda;
Y la base del verso es la curva; del verso
Que sugiere y que canta; magestad en el terso
Alejandrino — el verso supremo — y que cincela
Y que evoca, y que pinta y que arrulla y consuela;
Que sonríe ó que ríe.

La curva es de origen
Divino. El arco iris que las lluvias erigen
En el cielo y destinan para adorno del cuello
De la tarde; la estrella que su fugaz destello
Curva en el firmamento; los cometas de cauda

Fulgurante: la ola que describe su rauda
Fuga sobre las aguas; — y los cuellos del ave
De Júpiter — ¡los cuellos de los cisnes! — la suave
Estela que se crispa de espuma; el firmamento,
Y la nube, y el sol, y la luna, y el viento:
Muestran la excelsitud de la curva. No hay nada
Que sin la linea curva sea bello.

¡Oh, adorada!
Cuánto he viajado en vano por la Naturaleza
Sin ver ¡ciego de mí! que toda la belleza
De la curva se encuentra sobre tu cuerpo ¡Cuánto
Es bello ó simplemente admirable! ¿Qué encanto
Es comparable acaso á tu alegría infantil,
A tu ingenua sonrisa indecisa y sutil,
A tu mirada verde, á tus labios divinos,
A tu voz que posée todos los cristalinos
Gorgeos del ruiseñor? Tu rubia cabellera
Rizada, el cuello ebúrneo, la turgente cadera,
Y los muslos redondos, y los senos como una
Manzana, y los torneados brazos, y cual ninguna
Tu mano con sus dedos cónicos y delgados,
Y la curva del vientre y los hombros curvados...
Eres la línea curva divinizada, eres
Lo más excelso, lo Unico. Venus sobre los seres
Impera porque es dueña de la curva, porque ella
Es la *curva-mujer*, y por eso descuella
Entre todas las cosas.

Por fin, el mecanismo
Del genital connubio de los seres y el mismo

Espasmo de los cuerpos, — que como dos serpientes
Se enroscan uno en otro, — que hace crugir los dientes,
Es la última muestra de lo alto del orígen
De la curva: las líneas que son alma y que rigen
Los orbes.

¿Será acaso Dios mismo, será acaso
El círculo que envuelve con su infinito abrazo
Todas las cosas creadas; tal vez la esencia suma
De la curva; una línea ignorada que abruma
Por lo abstracto de su estructura?... Yo no atino,
Pero se que la *curva* es de orígen divino.

El Ornamento de la Soledad

A Manuel Lugones

EL INVENCIBLE HECHIZO

—Joven, te ofrezco el don de
esta copa de plata.

RUBEN DARIO.

Maestro: tu consejo sabio siguiendo un día,
Y tomando la copa de plata cincelada,
Fuí á calmar mi sed en la fuente encantada
Vencedor de las sirtes que encontrara en la vía.

Las siete bestias fieras han probado mi espada,
Y fué dura la prueba y cruenta, porque había
Que librar el combate dentro del alma mía
Y dejar á la Bella Durmiente despertada.

Tu, como un genio bueno, me enseñaste la ruta,
Y asi yo puedo entrar en la viviente gruta
Y en su interior entonces oir el sabio canto.

Más, sonámbulo, veo venir las siete fieras
Y asaetear mi carne... Señor, si tu quisieras
Podríais defenderme y ocultarme en tu manto!

DELECTACIÓN

A Ramón Videla (h.)

I

Por lo mismo que adoro la estrella que se abre
En el manto nocturno, ó la flor que se entreabre
Al soplo de Floreal, amo la jovencita
Apenas púber, en quien la carne dormita
Y la lujuria aun no ha despertado. Adoro
La iniciada cadera y los rizos de oro,
Los senos infantiles, los labios intocados,
Los secretos encantos por ninguno mirados.
Porque no hubo un hombre aún, que mancillase
Con su impuro contacto esa flor y quemase
Las blancas alas de ese querubin-mariposa;
Porque nadie ha aspirado el olor de esa rosa.

II

Con extraña voluptuosidad calculo,
Durante las jornadas que tras mi ideal ambulo,

En el destino que han de tener mañana;
Y de mi natural perverso se dimana
Que piense de esa rubia y pálida de frágil
Cintura, y de la otra de fuerte seno y ágil
Muslo y cadera, y de esta precozmente
Desarrollada, erguida, con el seno potente
Y agudo y apretado bajo el corpiño... Aquella
Es ya la soñadora; la otra, ya muy bella,
Será talvez la esposa, y será la tercera
Quien haga florecer toda una primavera
De locura y placer, de lujuria ó de vicio,
Cuando del primer beso ruede hasta el precipicio.

III

Pienso á veces en la delectación que sienten
Esos padres que amor y que ternura mienten,
Y besan esas bocas intocadas y puras,
Con sus bocas malsanas y perversas é impuras,
Y aspiran el aroma de esa entreabierta flor,
Y que sienten su pecho plano clavado por
Los agudos pezones de los nacientes senos,
Yá repletos de mieles ó llenos de venenos...

LAS PÚBERES

Yo amo las mujeres pubescentes. Yo amo
En ellas lo intocado, naciente y nuevo: ramo
Intacto. Aunque en sus vientres de vírgenes habitan
Latentes las lujurias y las ansias, dormitan
Los deseos. Todo ídolo es de barro. En el cieno
Nace el más blanco lirio, como nace del seno
De la tierra abonada de excrementos la flor
Mas bella de perfume, lozanía y color;
Y todo pedestal en la infamia reposa.
Nada hay puro y sin mácula: ni luz, mujer ó rosa.
Las vírgenes conducen en su interior el fango,
Dormida la lujuria que exaltará su rango
Al llamado primero, al tocarla la mano
Del hombre. (Las estrellas no están lejos en vano,
Solo sea porque el hombre nunca puede tocarlas
Pues podría con su tacto ó su aliento mancharlas.)
La vida en su impureza es la infame suprema.
Y yo amo las púberes porque son el emblema
De lo blanco, y en ellas todo es nuevo y naciente;
Aunque viva en su seno dormida la simiente
De lo impuro y anestesiado se halle el mal,
Y acaso por que son una fruta anormal...

LAS MUJERES DEMACRADAS

A Luciano Peltier.

Yo amo las mujeres de rostros demacrados,
De ojos lánguidos por las ojeras surcados
Cual de una cinta episcopal.

Esos rostros exagües llenos de palideces,
Dicen de los secretos deseos y languideces
En el insomnio nocturnal.

Dicen de la fatiga del ensueño que halaga,
Dicen de la caricia presentida que embriaga
Como algun antiguo licor.

Esas bocas resecas por las fiebres. esos labios
Tan pálidos, denuncian que son únicos sabios
En el momento superior.

Y las ojeras cuentan en su idioma violeta
La cálida fatiga, la caricia secreta,
De la pasión el florecer.

Y saben del deseo la cruenta mordedura,
O saben del espasmo que crispa y que tortura
En una noche de placer.

En esos rostros leo un ardiente poema
De amor ó de dolor, mas siempre una suprema
Muestra de fiebre pasional.

Por eso amo las bellas mujeres demacradas,
De lánguidas pupilas por ojeras surcadas
Cual de una cinta episcopal.

LA MISA

Tiembla en pálidos oros el sol de la mañana
Otoñal y en el cielo palpita la campana
Matutina llamando á la primera misa.
Mi paso vagabundo, mientras camino. pisa
Las hojas abatidas de la senda. Ambulante,
Pasa un perro á mi lado. Algun árbol distante
Adorna el horizonte de este árido paisaje
Suburbano. Penetro con mi eterno bagaje
De neurastenia, ó fiebre, ó hastío ó consunción
Espiritual, en busca de alguna sensación,
A la iglesia que encuentro, sin pensar, á mi paso.
La púrpura eclesiástica y los oros y el raso
Del oficiante, evocan en mí una teoría
De fantasmas antiguos. Vienen en compañía
Borgia, Loyola, el gran Torquemada y Conrado,
(Aquel sádico frile maldecido y odiado
Que azotaba la augusta desnudez de Isabel
De Hungría). En caravana pasa un torvo tropel
De sátiros tiarados y se pierde en la nube
De incienso. Y en el místico arrobo que me sube

Al espíritu, á causa del ambiente y el son
Celestial de las flautas que suena el orquestrión,
Me estremezco pensando con temor y alegría
En la imágen desnuda de la virgen María.

LAS MUJERES FLACAS

A Francisco C. Moyano.

Gloria y loor á las mujeres
Flacas y escuálidas, loor!
Son ellas los únicos seres
Que consienten en nuestro amor.

Las Señoritas Esqueleto
Que son nuestras dulces amadas,
Merecen bien un buen soneto
O ser por mi canto cantadas.

Las compramos por una hora,
Por una noche, y en sus brazos
Con disgusto vemos la aurora
Presos por esos dulces lazos.

Son las únicas que en su lecho
Admiten estos melenudos
Seres que están siempre en asecho
De la Luna, graves y mudos.

Estos diablos de ojos profundos,
Miserables nefelibatas,
Gustan de ellos cielos y mundos
De dichas que venden muy gratas.

De su cuerpo la magra anguila
Nos dan: una arpa para pulsarla
Que más de una sonata asila.
(La sinfonía puede darla.

Un buen virtuoso.) Y, hoy, yo quiero
Loar su encanto tan escueto,
Alabar en mi canto sincero
Las Señoritas Esqueleto.

Que mi verso su gloria encarne:
Yo quiero hacer hoy inmortal
(¡Tisis y anemia sin igual!)
A esa falange cuya carne
Va caminando al hospital.

EL ARREPENTIMIENTO DEL ESPASMO

Porqué después de haber cohabitado, mi alma
Llena la honda tristeza del arrepentimiento?
Porqué ésta "bestia triste" se acongoja y esta alma
Padece tras el beso y el abrazo violento?

No es acaso el placer lo más sagrado? Acaso
No es la causa y el fin de la vida? La vida
Misma y su mecanismo? No es el placer el vaso
De ebriedad infinita y única de la vida?

...¡Yo arrepentido, yo que proclamo el amor!
Yo cuya alma en auroras y sonrisas se ilustra;
Que predica la vida y el placer y el amor,
Yo el portavoz y trompeta de Zarathustra!

...Estoy arrepentido, y dentro, el alma lucha
Por doblar las rodillas y en rezo alzar las manos!
Con el fervor á la Naturaleza lucha
El prejuicio que llevo en mis huesos cristianos...

Entonces, hondamente comprendo el doloroso
Verlaine, arrepentido como la Magdalena
Y de la Magdalena hermano doloroso.
¡Pobre Lelián, yo siento que en mi tu ánima pena!

Entonces siento ansias de quemarme los labios,
De extirpar mis riñones y cortarme los brazos,
Y arrancarme estos dientes que saben de los sabios
Mordizcos en los senos, mordizcos en los labios,
En los locos, en los convulsivos abrazos.

LA NOCHE

A Juan Alberto Castro.

Bajo la luna blancamente bondadosa
La maldita ciudad en su sueño reposa
Y la Lujuria empieza su cruento laborar.
Solo rompe el silencio un lejano rodar,
El silbido, á lo lejos, de una locomotora,
Algún reloj que dá lentamente la hora,
Y las veletas y los molinos de viento
Que, inoportunos, lanzan un chirrido violento,
Por la Luna incitados, cabriolan y se vuelven
Para seguir el rumbo de los vientos que envuelven
Locamente á las nubes.

Pienso en las agonías
De todos los que se aman en estas noches frías
En lechos perfumados y cálidos, y pienso
En las alcobas fúnebres y en el pálido lienzo
De las mortajas para los besados del beso
De la muerte; y en los suicidas que del peso
De la vida libertan sus huesos abatidos,

Cansados de sufrir, del hastío mordidos
Y el dolor, y se aprestan, con un supremo grito,
A viajar por los hondos mares del infinito,
Para olvidarse que han vivido en este mundo.
El suicidio siempre es saludable y profundo.

Pienso en la caravana de locos del placer
Que quieren acabar con el Tiempo y hacer
Pronto el viaje; y en los vagabundos amados,
Y en los otros que cantan á la Luna, influenciados
Todos por esta dama perversa, que se asoma
Por mi ventana á ver que filtro en la redoma
De mi cerebro exprimo. Y me abismo hondamente
Pensando en la semilla gastada inútilmente,
(Semilla que pudiera procrear al Anunciado
Que espera el seno en que ha de ser engendrado
Y que ha de venir para salvar el Mundo).
Semilla que se pierde en el vientre infecundo
De la mujer estéril y de la prostituta,
Y mi frente se torna entonces grave, hirsuta.

LAS CIUDADES

A J. Simón Semorille.

¡Las ciudades!... Yo tengo un horror inaudito
A este hacinamiento del lodo, á este maldito
Fango, á esta miseria colectiva...
Presiento
Un rumor que se eleva. Abro el balcón y siento
Ascender como el miasma de un infecto pantano,
Como un vaho venenoso, ó un aliento malsano
De un abismo: es el sordo rumor que se levanta
De la ciudad; la brama que en el ámbito canta;
En el sordo y profundo bramido de los seres
Vueltos bestias por la Lujuria y los placeres
Prohibidos. Crecen como marea los estertores.
La poliánime bestia embarca sus rumores
En la ágiles alas fugitivas del viento,
Que así trae las risas, el aullido violento,
La melodía ó la plegaria, como el grito
De vírgenes violadas; aullidos en el rito
Del sabat; ayes de cortesanas ó heteras
Miseras, que en sus lechos se retuercen enteras.

Sin embargo, son mundos; son millones de mundos
Donde todas las lepras arrojan sus inmundos,
Sus ásperos olores; sus miasmas acres; y,
Es allí donde nace la mejor flor; allí
Culminan los cerebros y las artes culminan;
Estas sombras son las que todo lo iluminan.
Son jardines, son parques y cármenes floridos,
Sobre un cráter inmenso de miserias nacidos.

Yo no amo las ciudades: yo adoro mis campiñas
Con su montañas y sus bosques y sus viñas,
Y á la ciudad, mi aldea silenciosa prefiero.
Mas es el ruido y el rechinar del acero
Que todo civiliza — ¡oh, civilización! —
Lo que hace aturdir y hace calmar mi corazón.

Al fin y al cabo, es esta ciudad maldita.
Quien me dará el laurel, ese laurel que incita
Todo mi ser, y tanto oro que cuesta, y tanta
Ilusión abatida, tantos sueños, y cuánta
Tristeza por lograrlo y amargura que bebo.
¡Y que inútil laurel! Es allí donde debo
Detener por sus mantos á esas veleidosas
Mujeres, á esas dos tan caprichosas diosas
Que persigo de tanto tiempo; á esa que suena
No la vieja trompeta, más, moderna sirena;
Y á la otra que vá en automóvil, esa hada
Unica, que no monta ya su rueda dentada.

CRISOPEYA

He pedido á Robert Montesquieu Fezensac
Algunas gemas para adornarte, y me dá
Su "Crisopeya", su manual de alquimia.
Yo quisiera vestirte con ellas, más sería
Inútil, pues tu cuerpo desnudo es la suprema
belleza. Pero el raro reflejo de una gema
Sobre tu carne rosa se tornasolaría
En iris inverosímiles...
Yo pondría
Un collar de berilos verdosos y sardonis
Tricolor, sardo púrpura y rojas calcedonis
Y crisólitos rojos como braza en tu cuello. (*)
Paranitos, malinas, el dorado cabello
Ornarían en guirnaldas. En tu frente: topacios;
Marcasitas, perídotos y crisopacios.
Sobre tu seno en flor pondría una turmalina
Extraña y una verde y rara serpentina.

(*) ¡Oh, divina garganta que yo he soñado, hendida por un collar sangriento!

Y rodeando el vientre un collar de turquesas
Jacintos y zafiros, — todas azules esas
Dulces piedras preciosas. — Tengo para tus brazos
Que enloquecen mi alma en los locos abrazos,
Crisoberilos, sárdis, circús y rubicelas,
Cornalinas y ágatas; y sus vagas estelas
Dejarían los cuarzos y amatistas en tus
Blancas manos; y para las piernas darán sus
Iris: rubíes, diamantes, lapizlázulis, todo
Un haz de culebrinas y ónices. Y al modo
De un ídolo, del sexo sobre la flor de lis:
Una verde esmeralda junto á una perla grís.

FLOR DE ISRAEL

A Luis María Jordan.

Cada vez que me inclino sobre tu alma ó sobre
Tus pupilas, ó quiero envolverme en el cobre
Aurisolado de tus cabellos, medito
En el orígen bienhadado ó en el maldito
De tu existencia, y quiero adivinar de donde
Viene toda la complicación que se esconde
En tu alma bajo esa actitud, bajo esa
Apariencia divina, de diosa ó de princesa,
Ya inocente, ya esquiva, ya perversa, ya buena...

Eres rosada y rubia como la Magdalena,
Como la apasionada, como la prostituida,
Como la dolorosa , como la arrepentida...
¿Acaso vienes de esa rara flor de Judá?
¿O del ardiente y fuerte rey David que á Goliá
Mata, y que tañe el arpa, y es sensual y es divino?
O por capricho inexplicable del destino
Vienes en línea recta de la Reina de Saba

Y del Rey Salomón?... Tu pobre raza, esclava
Nunca, pero si errante por el mundo, proscrita,
No ha podido borrar esa llama maldita
De tus ojos — ¡La misma llama de la mirada
De Salomé, la loca, la histérica! —
Adorada,
¿Vienes acaso, dime, de Ruth la espigadora
Rubia como la espiga, rosa como la aurora?

¡Vienes de esa Israel, cuna fatal del Triste
Destructor del pecado, en que tu cuerpo insiste
Tentándome! Del pálido que aplastó la pagana
Era y sus dioses ¡Oh, tu que tienes de Diana
El harmonioso cuerpo y el cruel corazón,
Hija de la tristísima y desolada Sión!...

O acaso por ignoto designio de la suerte
Tu ser, del cual se esparce la lujuria y la muerte,
Viene desde Judith la heroica, la admirable,
Que me sonríe en sueños su sonrisa inefable?

¡Oh, como te pareces á Maria de Magdalo
Por tu cabello aurisolado como un halo!
Quisiera ser el Cristo, á quien tu antepasada
Ungió con su divino unguento y su dorada
Cabellera, del mismo oro que el tuyo.
Tu
Serás la espigadora de mis rosas, mi Ruth
Que espigue para mi las rosas de su boca.
O serás mi Judith, joven, ardiente y loca;

Cercenarás mi corazón después de haberte
Poseído.

O serás Belkis; yo seré el fuerte
Rey Salomón, magnífico de versos, y de oro
De ensueños, y de Ciencia del Bien y el Mal, tesoro
Que es mi vida.

O acaso serás mi Salomé
Y yo, gustoso, mi cabeza te daré..
Tu aspirarás mi alma que muere por amarte
En mi boca que nunca más volverá á besarte!

LAUDE DE LA BOCA Y DE LAS MANOS

A Atilio M. Chiápport

Boca húmeda y roja, en la sabiduría
De los goces maestra única, en artificios,
En sortilegios é inefables beneficios
Para el largo camino de la melancolía....

Tu sabes desde el roce elemental,
Del beso incierto que teme y que se emociona,
Al besar grave y lento que eslabona
Dos afines espíritus en el momento pasional.

Sabes en un acorde celestial dar el vino
De música en tus claras palabras que atesoran
El oro tembloroso de un "te amo" divino,
O, de tu corazón, las ternuras decoran
Con una ingenuidad de volar ó de trino.

Y, como sobre un lirio, indecisa se posa
Tu boca para el suave beso, trémila y cauta,
Como en un detenerse de vaga mariposa
Manantial, que iniciara de su vivir la pauta.

O el beso largo y hondo que hace crispar tu seno
Clavando sus pezones agudos en mi plano
Pecho, como puñales de un celeste veneno,
Ungidos á la par de todo el bien humano.

...Y un confundir de labios para locas
Caricias, y un beber el espíritu en cada
Beso de las turbadas y frenéticas bocas,
En inmensos anhelos de disolverse en nada...

¡Oh la inefable, oh la indecible, que apresura
Nuestro lento vivir, sorbiéndonos la vida
Con nuestra sangre, en esos besos de una obscura
Iniciación, con una gran caricia prohibida!

¡Oh amada mía que sabes con tus besos de ascuas
Llevar mi carne á esa portentosa agonía
En que alma y cuerpo cantan las celestiales pascuas
De los goces triunfando de la melancolía...

Tus manos blancas como dos hostias, manos puras
De vírgenes Marías, cual dos ramos de flores,
Saben para consuelo dar todas sus dulzuras
Y abatir las tinieblas delante sus albores.

Manos para caricias en románticas noches;
Para llantos en tardes otoñales, y besos
En ardientes epílogos de fugaces reproches;
Para otras manos tímidas que saben hablar esos

Lenguajes sin palabras de esenciales momentos.
¡Oh manos suaves, manos tibias y perfumadas
Que en los sueños abrevan nuestros labios sedientos,
Que en el sueño nos sirven de inefables almohadas!

Manos sabias en todas las artes, manos diestras
En la noche y el día, y en la tarde y la hora
Del amor, para en tacto y en temblor dar á nuestras
Pupilas el relámpago de la convulsa aurora!...

¡Oh boca y manos únicas en la sabiduría
De los goces, maestras en locos artificios,
En sortilegios y sin pares beneficios
Para el largo camino de la melancolía...

Elegías Mínimas

AVE HONORIA (*)

Tan delicada, tan doliente,
Tan exquisita y suave eres
Que tu tristeza te hace Honoria
Dulce entre todas las mujeres.

Dulce entre todas las mujeres
Por tu ternura y tu pasión,
Por el profundo mal que sufre
Tu desolado corazón.

Tu desolado corazón,
Suave entre todas las criaturas,
Que tan temprano ha padecido
Tan dolorosas amarguras!

(*) Para una dulce alma femenina «convaleciente de exquisitos males».

Tan dolorosas amarguras,
Que hace que sea de la mía
Tu alma hermana, llena de una
Crepuscular melancolía...

Crepuscular melancolía
Que ha desolado tu jardín,
Donde solo hay flores marchitas
Y algún gemido de violín.

Algún gemido de violín
Que en el silencio suena triste,
Como la voz de algún recuerdo
De algo muy bello que no existe.

De algo muy bello que no existe,
Cuyo recuerdo el corazón
Guarda en secreto, cual se guarda
Muy escondida una ilusión.

Muy escondida una ilusión
Que ha de llevar, si corre, el viento...
(¡Y yo que espero esa Indecisa
De la cual nunca oí el acento),

De la cual nunca oí el acento
Que nunca acaba de llegar,
Esa Dama de las Violetas
Que estoy ansioso de esperar!...)

*
* *

Como quisiera que estos versos
Calmen tu duelo tan amargo
Y nieven sobre tu buena alma
Un suave y lánguido letargo!

Un suave y lánguido letargo
Sobre ese pobre corazón.
¡Como quisiera yo que en nardos
Se transformara esta canción!

Que esta canción se transformara
En dulces flores que tornasen
Tu duelo en dulces alegrias
Y tu alma triste consolasen.

*
* *

Más, tu tristeza y mi tristeza
Se juntarán, y haremos una
Fraternal alma bajo el cielo
Nuestro, del cual huyó la luna.

Cielo del cual huyó la luna,
Como el amor, como las flores
De tu jardín y de mi huerto
Los melodiosos ruiseñores...

ENVÍO

¡Suave entre todas las criaturas,
A quien quisiera tiernamente
Como á una hermana ó una santa
Besar las manos largamente!...

¡Oh, tu tan triste y tan doliente,
Tu que tan buena y suave eres,
Ruega por nos, María Honoria,
Dulce entre todas las mujeres!

SUEÑO DE OTOÑO

A Manuel Galvez

Voi non mi amate ed io non vi amo..
D'ANNUNZIO.

Un ensueño otoñal en primavera;
Como otoñal languideciente y lento,
Velado un poco, casi somnolento;
Brumoso y vago cual si se envolviera
En un manto invernal, en una suave

Penumbra: todo como en una suave
Caricia. Y era Primavera y todo
Decía de luces y del dulce modo
De Setiembre y cantaba suave el ave
Del amor, mientras en el alma había

Unas tempranas rosas, y que había
Rumor de alas en las brisas y nardos
En el viento nocturno; hirientes dardos

De Eros y una vaga melodía
En el alma silente de la noche.

¿Recuerdas el silencio de la noche
Que ponía en tus labios siempre una
Parte de mi alma, al claro de la luna,
Musitando mi amor á *sotto-voce?*
Como una dolorida Margarita

Te abandonabas; una Margarita
Con mucho de las pálidas Ofelias
Y Eloísas; Dama de las Camelias
Apasionada y dolorosa en cuita
Taciturna. Un moribundo beso,

Un beso moribundo, un suave beso
En que iba toda el alma agonizando...
De amor agonizando, en ese blando
Expirar; como en un ferviente rezo
En la tarde... No olvido una mañana,

Esa primaveral de Otoño, esa mañana
Un tanto fría. Tus ojos con un riente
Fulgor, tus ojos verdes, y sonriente
La boca roja como una temprana
Flor no violada aún por la caricia

De la brisa, y en todo una caricia:
En tu voz, en tus ojos, en tus manos
Y en tu boca; en los hálitos tempranos

Del día una matinal delicia
Que hacía languidecer con su dulzura.

Y en esa suave y matinal dulzura
Palabras desde el fondo de las almas
Para soñar en las nocturnas calmas
Con fantasmas de sueño, en al amargura
De lo real... Y todo como un sueño,

Un ensueño de Otoño, dulce ensueño
Velado un poco, casi somnolento;
Languideciente, suave, vago y lento
Porque era en el Otoño, en un empeño
De sufrir en la dicha pasajera.

Un ensueño otoñal en Primavera.

LA HUELLA DE MIS LABIOS

En te perdant, je sens que je t'aimais
A. DE MUSSET.

Hoy que te has ido, que nada tuyo
¡Nada me queda! ni tus esquelas,
Ni tu retrato, ni tus cabellos,
Ni tu perfume, ni tus violetas...

Hoy que te pierdo, que ya no me amas;
Hoy que me odias y me desprecias;
(¡Sabe la luna si me querías,
Lo sabe el viento como la estrella!)

Hoy que ha pasado como en un sueño
Toda esa gloria, como la estela
Fugaz de un barco pasa violando
Las calmas aguas sin dejar huella;

Hoy que ya nunca tus locos besos,
Mientras la luna se hacía la ciega,
Vendrán de nuevo sobre mis labios
Como en las noches que tu recuerdas;

Hoy, Dina, solo tengo el consuelo
De que tu amante tendrá por fuerza
Que hacerlo sobre los besos míos
En donde quiera que el beso sea!

Hoy yo comprendo cuando te has ido
Cuanto te quise!... y no me quedan
Ni tus esquelas, ni tu retrato,
Ni tus cabellos, ni tus violetas!

Solo, el consuelo de que al besarte
Tu nuevo amante será en la huella
De aquellos besos fervientes, locos,
Mientras la luna se hacía la ciega...

AQUEL SUEÑO DE OTOÑO...

Rimanete, vi prego, rimanete
Qui. Non vi alzatel ¿Avete voi bisogno
Di luce? No. Fate che questo sogno
Duri ancora. Vi prego; rimanetel
D'ANNUNZIO.

¿Cómo podré olvidarme de las noches de luna
Propicias á la dulce delicia de copiarme
En el marino espejo de tus ojos en que una
Grande estrella naufraga? ¿Cómo podré olvidarme

De las noches de luna propicias al idilio
En ese otoño dulce como una primavera,
Amiga mia, dulce y sororal auxilio
De dias en que fuera ebrio tras la quimera

Osadamente cabalgando al Eldorado?
...Tu cabeza languideciente y nonchalante
Desfallecía en mi hombro su cabello dorado
Y en tu boca habia una sonrisa cintilante.

Una vaga sonrisa, casi no era sonrisa.
El indeciso gesto de tus labios que apenas
Sabían sonreir y besar en la misa
De ese amor otoñal... y las sonrisas plenas

No eran para tu boca que sabía de la honda
Tristeza de tus ojos... En el claro de luna
Suave y místicamente (déjame que no esconda
El decir que esas noches, no todas, más, alguna)

Suave y místicamente se unían nuestros labios
Y más que nuestras bocas nuestras almas se unían,
Pues ellas ignoraban, ingenuas, esos labios
Besos que sobre el ala del deseo vendrían...

Bien quisiera decir esa profunda pena
Que sentía unas veces por tus pequeños senos
Que yo, beatamente, y con mi mano llena
De ternura, solía acariciar con buenos

Y compasivos celos: pues, tan pequeños eran,
Que yo tenía miedo de tocarlos, quien sabe
Porque acaso creía que volarse quisieran
Pues que cada senito era una pequeña ave.

De pronto, estremecida te sentía. Era cuando
La brisa displicente é indiscreta pasaba
Arrastrando las hojas, con las hojas rodando,
....Y el Otoño delante nosotros desfilaba...

Entonces nuestra cita iba ya á ser finida
Y mi voz suplicante: "*Rimanete, vi prego* —
Te decia, — *rimanete qui, non vi alzate*... Y tu ida
Retenias un momento ante ese dulce ruego

Que tú amabas. Y luego: — *Fate che questo sogno*
duri ancora, vi prego, rimanete!... Y en una
Caravana de hojas volvia á pasar Otoño
Y detrás de las nubes se ocultaba la Luna.

LA CANCIÓN DEL NUNCA MÁS

Al Dr. José V. Santos

En un nublarse de cielo
Llegó la doliente hora
En que torciera su prora
La barca de nuestro anhelo.

Como si un torvo huracán
Hubiese inflado la ola,
Truncando la barcarola
Con tan siniestro ademán.

...Y la buena barca iba,
Como en un mecer de cuna,
Bajo la lluvia de luna
Hácia la soñada riva.

¿Que se hicieron mis cantares,
Señora mía, y los vuestros,
Si el mal hirió con tan diestros
Mandobles nuestros soñares?

Apenas hoy hace un día
Que escucharon las estrellas
De mi árdua voz las querellas
Buscando ser melodía

Que vió la tarde, asombrada,
Vuestra muda extenuación
Que apoyó en mi corazón
La cabecita adorada;

Que vió la noche, confusa,
Desceñir la cabellera
Para ir en una quimera
Que ya quedara inconclusa;

Que se oyeron los violines
De la mañana al ocaso
Dar un ritmo á nuestro paso
Por los floridos jardines...

Hoy, cuan triste, mi Señora,
Este silencio, esta bruma,
La noche que se consuma
Y que nunca tendrá aurora.

Y pensar que ayer no más
Mi alma estaba en vuestras manos,
Y fé y amor fueran vanos
Para impedir el jamás.....

LOS JAZMINES

Tu cabellera constelada
De blancas flores de jazmín,
Sobre tu seno desmayada
La floración de tu jardín

De jazmineros, se creería
Ver á Floreal, pero al oler
El perfume que te envolvía
Me ha provocado (¡oh Baudelaire!)

La evocación de aquella muerta
Que hace ya tanto tiempo ví,
Dentro de su féretro cubierta
Por esa flor, sahumada así;

El cuerpo escuálido, tendido
Cuan largo era, triste, sin
Color y magro, y extendido
Sobre él un manto de jazmín;

La triste cámara mortuoria,
Los cuatro cirios, el rezar
Fúnebre y lento á la memoria
De la difunta y el llorar.

Y hoy que sahumada de esas flores
Te siento, pálida se asoma
Mi alma y llena de temblores
A preguntarme, inquieta, sí
No es ese el mismo odioso aroma
De la muerta que ha tanto ví.

EL INCURABLE MAL

Yo amo tus divinas pupilas y tu boca
Tanto como tus senos, tu garganta y tus manos;
Tu sabes que mi alma solo es á ti que invoca
Cuando sufre ó sonríe en pena y goce vanos.

Pero es inútil: nunca podrás con la ternura
Y la unción de tu alma lograr, pese el cariño
Que en mi sabes, que un dia se acabe la amargura
Que yo tengo en mi alma desde cuando era un niño.

Es inútil: no puedo ser feliz y bien sabe
El cielo si merezco que algún dia se acabe
Mi sufrir y que pueda decir: — Hoy he reído!

Y:—La vida es hermosa!... Más no, en vano se junta
Tu espíritu y el mío... Y uno entonces pregunta
Vago y estupefacto: — ¿Para que habré nacido?

VIRGO TRISTÍSIMA

Tenía entonces diez y ocho años,
Estaba en plena primavera;
Más había tantos desengaños
En su alma y tan triste era

Que daba pena su mirada;
Y á todos daba compasión
Ver la doliente llamarada
De sus ojos sin ilusión.

Era muy pálida y muy vaga
Muy delicada, casi ideal;
Tenía la delgadez que embriaga
Al soñador sentimental.

Para ella era sin objeto
La vida y todo conocía.
Hasta el más íntimo secreto
De la tristeza y la alegría.

Solo existía para apurar
El inevitable veneno
De la vida; y solía llorar
Por el profundo malestar
De saber estéril su seno.

ENCANTO DE LO PASAJERO

Más que el azul del cielo siempre igual é inmutable,
Siempre inmutable y fijo, y el sol nunca mudable,
Y las estrellas mismas que no son otras nunca,
Y el agua de la luna: amo lo que se trunca
Y lo que nunca vuelve, amo lo que es ligero.
¡Oh el encanto inefable de lo pasagero!
De lo que raudo pasa y nunca ha de volver:
Amor fugaz, estrella que cintila, y mujer
Que cruza ante la vista y se vá; golondrnia
Que viaja de lejanos países; argentina
Nube; viento errabundo; flor que perfuma un día,
Que ayer nació y que hoy se encuentra en la agonía;
Eco desconocido; melodía lejana;
Dulce sonar de la católica campana...
Y, sobre todo, la mujer que pasa rauda
Como pasa una estrella de luminosa cauda,
Como pasa la nube, el sonido, la flor,
Como la golondrina, como el fugaz amor...
¡Oh, tú, inefable encanto de lo que nunca vuelves
Que pasas con el viento, que nunca te resuelves,
Que nunca te realizas, y por siempre te vas,
Y por siempre jamás!

EL RETORNO AL HOGAR

...Domani torneró, domani
vi rivedró.
D'ANNUNZIO.

Iré mañana, madre, iré mañana.
Ya mas no quiero desoir tu ruego;
Quiero escuchar tu voz ya tan anciana,
Ver tus ojos quizás sin ningún fuego.

Iré mañana, madre. Mis montañas
Nevadas cuanto tiempo hace que ansío
Contemplar! Ver de nuevo las campañas,
El hogar, y los árboles y el río,

Las mieses onduladas por el viento,
El molino, la fuente, los viñedos —
El campo de mi infancia, ya sin cuento
Ida, como escapada entre mis dedos.—

La aldea silenciosa y escondida
En un valle florido, la campana
Alegre en la mañana y dolorida
Al ángelus, llamando á la aldeana.

Gente de vagos gestos y sencillos
Modos, la vida ingenua... Las ciudades
Me han corroido el alma; los anillos
De las sirtes me aferran. Las saudades.

De esa vida mi espíritu rebosa.
Quiero ver mis campiñas, mis paisajes
(Y también esa blonda, aquella rosa
Criatura que olvidé en otros mirajes.)

Y quiero verte, madre, ¡oh cuanto, cuanto
Que anhelo ver tus ojos y tu anciana
Voz que se apaga oir, sentir tu manto
Envolverme!... ¡Iré, madre, iré mañana!

EN LAS MEDIAS TINIEBLAS...

A Amado Nervo.

En las medias tinieblas del crepúsculo llega
La hora de las viejas soñaciones en cosas
Idas en el tumulto de la vida, y se anega
el alma en un océano de marchitadas rosas.

Con su hoz que no perdona, esas maravillosas
Ilusiones el tiempo tras días y horas siega;
Y el alma escucha el son de árduas y dolorosas
sonatas de otras veces en que el amor navega.

En que el amor navega como en un mar purpúreo
De rosas ¡y la copa de amor el epicúreo
bebiera más que pronto! y ahora, en el instante

Taciturno del día, fracasa en los inciertos
Llantos, por las perdidas dichas pasadas, y ante
El prestigio nostálgico de los amores muertos.

CONFESIÓN

— Pauvre âme, c'est celal
VERLAINE.

Me preguntas por mis tristezas,
Mis desalientos, mi dolor,
Por la causa de todas esas
Desesperanzas y amargor

De mi existir que te parece
Sonriente de juventud,
Por que tu crées que se mece
Al son de un mágico laud.

Y tu no puedes, aunque quieres,
La honda causa comprender...
Más, si la mustia flor prefieres
de mi alma, que á florecer

Acaso no volverá nunca,
Apóyate en mi corazón
Y mira para ver la trunca
Y triste flor de mi ilusión...

Verás la fuga del Ensueño,
Y la magrura del ideal;—
Todos los árboles del sueño
Los segó el hacha de lo real.—

La vida que parece bella
A tu primaveral edad,
Ha marcado su sombría huella:
Fantasma horrible en realidad.

El amor convirtió en cenizas
Mi corazón, ya, sin vivir:
Cuando decía las rosas misas
De pasión y quería morir.

El Enemigo y la Lujuria
Vinieron mi carne á azotar
Y después vino la injuria
De la vida, y el blasfemar...

Fué en mi alma la melancolía
Que vino en forma de mujer,
Brazos desnudos y melodía
De besos hasta perecer.

Los ancestrales atavismos
Que siento que arden en mí;
Y luego los negros abismos
De dolor á que descendí.

Mas tarde ya lo supe todo,
¡Ya nada podía ignorar!
Conocía el astro y el lodo
La catedral y el lupanar.

Después vienen las sombras vagas
De los recuerdos de otra edad;
Las Sonrientes y las Magas
En la nave Casualidad.

O estas que dejan sus resabios
De amarga sal, de amarga hiel,
Al querer hallar en sus labios
Amados, un poco de miel.

Y van pasando los días vanos
En monótono ir y venir,
Esperando, juntas las manos,
El día en que habremos de morir!...

APURADO YA EL VASO...

Quisiera haber llegado
Hasta la senectud,
Y hace mucho gustado
Toda mi juventud.
(Apurado ya el vaso.)

Haber sufrido cuanto
Me queda qué sufrir,
Y en un minuto—¡tanto!—
Mis cien años vivir...
(Apurado ya el vaso.)

Besar cuanto sea dado
A mi boca besar.
¡Cuánto labio he besado
Con placer ó pesar!
(Apurando mi vaso.)

Amando, acaso odiando,
Llegar pronto al final,
De tristezas sangrando
O riendo de mi mal.
(Apurando mi vaso.)

Y no me he suicidado
Curioso de vivir.
Quiero ver agotado
El mar de mi sentir.
(Apurando mi vaso.)

Quisiera haber llegado
Hasta la senetud
Y de una vez gustado
Toda mi juventud!
(Apurado ya el vaso.)

EL ENSUEÑO IMPOSIBLE

Que ce soit dans la nuit et dans la solitu
Que ce soit dans la rue et dans la multitu
Son fantôme dans l'air danse comme un flambe...
CH. BAUDELAIRE.

Hay en lo más secreto de mi alma una pena,
Una pena que nunca tiene consuelo y llena
Mis pupilas de lágrimas y me estremece entero;
Cada vez que revive me hace su prisionero;
Es el amargo cáliz que bebo día á día,
Es el amargo cáliz de mi melancolia...
Viene desde muy lejos; apenas era un niño
Y ya nublaba mi alma de claridad y armiño.
En mi vida se ha hundido una figura blanca
Que es la que el más doliente sollozo á mi alma arranca
Y se que nunca puedo olvidarla, y que nunca
Habrá de renovarse la quimera ya trunca...

Por su belleza que era la aurora y la mañana,
Por sus cabellos que eran la luz, y que eran grana
Sus labios, y sus ojos una gota de ola,
Y que no le faltaba, siquiera, la aureola
Para ser un arcángel, yo merecí el infierno
Y mi alma se quemará en el fuego eterno!

Tu lujuria te puso entre todos los brazos;
Impúber, ya sabias de los malditos lazos
Que nos tiende la carne. Y yo, que aun te adoro,
Despues de darte todo el imposible oro
De mi ensueño, jamás he de ser tuyo, nunca
Revivirá mi ensueño, mi quimera ya trunca...
Y tendré mientras viva que llevar sobre mi
El pesar de tu amor. Como á un impío, alli
Las llamas del infierno me aguardan en su seno
Cuando ya haya apurado hasta el fin el veneno
De la vida!
Mas yo te amo, y aunque venga
Un buitre,—como al héroe—y que roerme tenga
No tan solo la entraña, sino el amor que oculto,
Se que ha de renovarse, y ascenderá el tumulto
De ese amor hasta ti, á ungirte é incensarte,
La mirra del deseo y mi ensueño ofrendarte!

BALADA DE ENSUEÑO

A Alfredo Herrera

Cuando los trágicos ponientes
Vuelcan su manto purpural,
Y de los árboles clementes
Cae la sombra vesperal;

Cuando la frente triste inclina
Desconsolada en su dolor,
El peregrino que camina
Tras de la perla ó de la flor;

Y va pensando, en la asechanza
Que le tortura el corazón,
Si ha fallecido la Esperanza
O si ya ha muerto la Ilusión.

Dando su sombra que en la hora
Se va alargando hasta no ser,
Hallo en mi ruta la incolora
Pálida y trágica mujer.

Es alta y fría y triste, triste
Y hace encoger el corazón;
Y bajo el manto que la viste
Vá musitando una canción.

Un manto negro que la cubre,
Toda enlutada y espectral.
¿Será la muerte que se encubre
Bajo ese manto sepulcral?

El paso es lento y vacilante
Y tiene un trágico temblor,
Un paso lento é inquietante
Que llena el alma de dolor...

Y el lábio pálido, afligido,
Dice un conjuro ó una oración...
...Y la Esperanza ¿ha fallecido?
¿Estará muerta la Ilusión?

* * *

Nadie sabe de donde viene,
Ni nadie donde va á parar.
¿Bajo su manto se entretiene
En maldecir ó en conjurar?

¿Es algún nuevo maleficio
Con que se quiere mi alma hundir?
¿O un alma es que un sacrificio
Pide y no puede conseguir?

Yo no lo sé; más, al poniente
Cuando la noche vá á llegar
En mi camino, tristemente,
Nunca la dejo de encontrar.

Cuando yo voy triste, pensando
Con afligido corazón,
Si la Esperanza vive y cuando
Ha fallecido la Ilusión!...

*
* *

En mis insomnios me tortura
Y llena mi alma de temblor.
¡Pobre mujer! De que amargura
Estará enferma ó que dolor?

Y esta visión que me obsesiona
Y me constriñe el corazón,
Cuando la noche se eslabona
Con el día; esta visión.

La he encontrado en mi camino
Bajo su negro manto, tal
Como la Muerte, es mi destino...
¡Oh, visión trágica y fatal!

¿A que pretende tu asechanza
Pálida y trágica visión?...
...Y sin saber si la esperanza
Ha muerto ó vive la Ilusión!

DE LA VIDA Y LA MUERTE DE EROS

To my self

Tu sabes la historiada miel de las bacanales
Y de bicornes bestias violadoras de ninfas;
Y te han confidenciado sus secretos las linfas,
Testigos de sus locos ardores pasionales.

Sabes de pastorales; de prez de los blasones
De nobles caballeros del medio-evo latino.
Y del siglo diez y ocho sabes que en los Trianones
Galante escanciaba Eros su vino más divino.

De hetairas Cleopatras, Nais de miel, y Cloes
Ingenuas; Laura, Ofelia, Beatriz y Berenice.
(Suenan agrestes flautas, violines y oboes.)

Y hoy nada es lirio ó rosa que la lira eternice...
Prega á los manes, llora, sea tu llanto muy triste,
Porque el amor, poeta, ha siglos que no existe.

La tristeza de ser poeta

Vosotros, tu, Homero, patriarca de la lira,
Abuelo de la Hélade; Dante, volcán de ira;
Hugo, señor de los elementos, ninguno
De vosotros jamás ha sentido solo uno
De mis males ¡Oh, el hondo dolor de manejar
La harmonía y ser dueño en un solo vibrar
De la Belleza y la Tristeza! Esta miseria
Comienza con Orfeo y perdura en la arteria
De mi estirpe maldita desde que Apolo ha muerto
Y el viejo Pan no existe. Vanamente concierto
Mi instrumento y ordeno mi sábia geometría
Para sumar mi música con la eterna harmonía,
Pues los hombres ha tiempo que el acorde sonoro
No entienden, encantados por el ruido del oro.

Esta dulce mañana de claro sol, el día
Invitando á vivir, sentí que me invadía
Un rencor infinito, un odio sordo para
Los papeles donde dormitan una rara
Epilepsia de olvido mis prosas y mis versos:
Oros de mi cerebro ó mi espíritu. Adversos
Mis ojos han mirado los santos eucologios:
Baudelaire, Verlaine, Samain, desmienten mis elojios
De otra hora, me inspiran
Una ira siniestra, y mis manos conspiran
Iconoclastas y parricidas... Más, veo
Que el mal está en mi mismo, que yo soy Prometeo
Encadenado al monte del Ensueño; y, quien sabe,
Como hiciera Domenico Casavanti, yo acabe
Por sacarme los ojos ó por romperme el alma
De una vez y dormir en la infinita calma.

A ENRIQUE HEINE

(De un diario: En Corfú, el emperador Guillermo II ha hecho quitar del Achilleón la estatua del poeta Henri Heine que había levantado la infortunada emperatriz Isabel de Austria.)

Sé que te habrás erguido en tu huesa sombría
Enrique, y me imagino tu esqueleto desnudo
Temblar de risa irónica, ante la gallardía
Del kaiser, con la risa que tu labio sabría
Para la afrenta de hoy, cual para el vivir rudo.

Pero el kaiser soberbio, aunque aleman, el signo
Desmiente de su raza, que hace que Loreley
Cante al borde del Rhin.
El kaiser que te insulta es un histrion indigno
De Luis segundo, rey
De Baviera, y del caballero Lohengrín.

El Walhalla ha temblado de verguenza, y Ricardo
Wagner será el primero en maldecir tu nombre,
Histrión Emperador;
Y á ti que te imaginas que eres el superhombre
Despreciará mi padre Federico; y te guardo
Yo, indio Americano, mi rencor.

Y para ti divino Enrique Heine, escondo
La unción de un sacerdote, para tí á quien la vida
Hiciera el sumo desencantado. Tu en el
Corazón de los hombres, un altar en el fondo
Tienes, y mi mejor amor, tú, dolorida,
Piadosa y desdichada Isabel.

Mas, no te extrañe Enrique que tu imagen afrente
Y tu grandeza niegue el kaiser, por un mero
Histrionismo; vivimos en un mundo, que, hiriente,
Tu sarcasmo reía; en un mundo insolente
Que hasta llega á negar la existencia de Homero!

EL TERROR ANCESTRAL

A Julio Leonidas Aguirre

Soy un viejo que tiene veinte años, claudicante
Ya, bajo sus miserias, como un Judío Errante
Del ensueño, agobiado de amargura y tristeza;
Tristeza de la vida, del sol, de la belleza,
Del lirio y del crepúsculo; y el ancestral veneno...
¡Pensar en la miseria de la carne y el cieno
De que nacen los lirios! Y el sol que está manchado,
Y que mancha el azul sideral, adorado
Unas veces y otras maldito; y siempre sobre
La materia y el alma, sobre esta mártir, pobre
Y miserable alma, el ancestro de tantos
Seres que la han procreado desde yo no se cuantos
Siglos y siglos, tantos seres que han poseído
Mi alma en otros ciclos de la vida que han sido
Dueños antes que fuera su poseedor... Se abisma
Mi alma contemplando, cuanto, cuanto pecado,
Cuanta lujuria, cuanta miseria!... ¡Oh, esta misma
Alma!... Yo tengo miedo de mi alma que ha estado
Quien sabe en cuantos cuerpos ¡oh, y quien sabe en cuales!
¡Oh, angustia inmensa! ¡Oh, mal supremo! ¡Oh, mal de males!

POEMA DE CISNES

A Mario Bravo

Entre la matinal frescura del suave
Otoño, iba á mi paso ritmando mis ensueños,
Encorvada la espalda viril bajo una grave
Pena, bajo la pena de los males pequeños.

Iba á hacer un poema de cisnes, un poema
En que decir las árduas torturas de mis días
A aquellas blancas aves, y decir la suprema
Angustia de mis horas y mis melancolías.

A pedir un consejo á los cisnes del lago
Que van serenamente por su vida como una
Línea recta, con un gesto impasible: un vago
Desden hacia las cosas, como una flor de luna

Envueltos de blancura. Iban en una flota,
Ajustado cada uno á la misma batuta
En un lento bogar, sin timón ni derrota;
Yo iba á preguntar el porqué de mi ruta.

Que aciagamente tuerce el regir de mis horas;
Y los cisnes tenían del enigma la clave:
Navigare necesse est, tu cisne no lo ignoras,
Vivir no es necesario, esto el cisne lo sabe.

Oh, suntuoso pájaro, oh, divino, oh, suntuoso,
Que sabes navegar sin preguntar la norma
De la vida, que pasas en desden magestuoso
Egotista y enamorado de tu forma.

Oh, cisne, tu en la ebúrnea torre pasas divino
Sin manchar tu manto en el cieno de los días;
Y mientras tu navegas en tu yate argentino
Yo naufrago en el mar de las melancolías.

¡OH SEÑOR DE LOS NÁUFRAGOS!

A Carlos de Soussens

A pesar de borrascas y á pesar de ciclones,
En mi nave que lleva desplegadas las velas,
Voy yo no sé á que ignotas y distantes regiones
Con mi carga de ensueños y mi escolta de estelas.

Vinieron negras trombas y horribles tempestades
Y el timón quedó trunco y zozobró la quilla,—
Tempestades de duelos y trombas de saudades,—
Pero en el horizonte hay un astro que brilla!

Será aquella la Cólquida? Seré yo el argonauta
Que voy á la conquista del áureo vellocino
Del ideal?... He oido una divina pauta
Dentro del alma mía, como un grito divino.

En la hora sombría, á lo desconocido
Voy acaso en mi noche á conquistar la Aurora?
No hay en el barco brújula y el rumbo está perdido...
—Más, no importa, marino, al Oriente la prora!

¿Y dónde está el Oriente en la noche sombría,
Sino hay astros que brillen sinó silencio inerte;
Si está el mar tan obscuro que no se vé la vía
Y flota en el ambiente un agrio olor de muerte?

¿Adonde encaminarnos si toda idea es incierta,
Si no hay Oriente y si la ruta está perdida?
¡Oh, dolor que consterna al alma y desconcierta,
Nauta en el tenebroso oceano de la vida!...

¡Oh, señor! Haz que sople tu bonacible viento.
¡Oh, señor! En ti espero que ha de llegar la hora
En que brille tu grande luz en el firmamento
Y encamine mi barca hacia la eterna aurora!

LA MUERTE

La muerte es buena y justa; la muerte es sabia y buena.
Que sería de nuestras pobres almas si acaso
No existiera la muerte? Si no tuviera ocaso
La vida? La omniforme fuerza con su serena

Sabiduría ha creado para nuestro consuelo
La muerte, y con ser infinita y perdurable
Apenas basta para borrar la abominable
Visión de nuestros ojos desolados... Un velo

Apenas es que oculta las visiones del mundo;
La visión de la vida que, en la muerte, persiste.
La visión del profundo
Abismo de las almas, y del Humano triste...

Pero, la muerte, existe?

A LA VIDA

Dum spiro, spero.

La lucha ha sido cruenta y formidable y ruda
Pero mi voluntad como un yelmo me escuda.
Tu has sido la más fuerte, y herido en el combate
He quedado más no vencido y sin que trate
Otra vez de empeñar la pujanza.

Mi alma
Lacerada, irá en busca de saludable calma
Mi cerebro ultrajado, mis pulmones sufriendo,
Mis riñones vencidos, están alto diciendo
De la esforzada lucha. Pero aún no has triunfado.
He dejado girones de espíritu sangrando.
Por violentas pasiones.
Mañana las praderas
Darán tranquilidad á el alma. Primavera
Pondrá más fuerte savia en mis venas. Mañana
El aire de mi aldea al pié de la montaña
Dilatará mis bronquios, y mi músculo fuerte

Podrá entonces viril y pujante vencerte.
Como un nuevo Sansón, del cabelludo á ejemplo,
Te venceré, y por tierra como aquel otro al templo
Te haré rodar; mujer,
Al cabo, has de ser mía, brindándome tus goces.
Esta escrito: He de ser.
Y seré,— como Ayax,—á pesar de los dioses.

EL RETORNO

Violando la modestia habitual á mi modo
De ser, habéis querido en este ágape, digno
De un objeto mejor, celebrar al que todo
Ensueño y ansia deja, por buscar un benigno
Descanso,—corta tregua al esfuerzo por ser
Desde su nada en el diario perecer.

Camaradas, fraternos homéridas, gallardos
Y briosos muchachos, osados caballeros
De Pegaso, mañana fuertes bardos;
Brazos de la Esperanza que habréis de ser los fieros
Combatientes por el inmortal ideal
De la Verdad y de la Belleza inmortal:
Yo os saludo con una
Emoción explicable por toda ausencia, sea
Que uno vaya á la Luna
O que tome el camino de su lejana aldea...

Después de casi un lustro de brega, de un constante
Gladiar en soledad y silencio, el instante

Llegára de volver la mirada hacia el lar;
De, nuestra alma con un sencillo ambicionar,
Querer hundirse en el corazón más querido
Buscando en esa paz un indecible olvido.
Entonces, las saudades de la niñéz, de sueños
Otrora desechados por ir detrás de empeños
Imposibles, de la montaña y de la casa,
De la muerte y la hermana que el corazón abraza
Tras de infinitas leguas: vino como si fuera
Una libertadora voluntad,—de manera
Que ha llegado el retorno.

Yo vine ayer á con-
Quistar el fabuloso Eldorado. El pendón
Era mi alta esperanza y el blasón
Se exornaba con una imágen de la Vida,
En un fuerte optimismo que iba de la deicida
Idea, hasta el ensueño inmenso de procrear
Al Anunciado, á aquel que un día habrá de llegar.
Y una serenidad, y un tan profundo anhelo
De Verdad y Belleza luminaban mi cielo
Que mi alma y corazón eran quizás tan grandes
Como vuestras llanuras y mis lejanos Andes!

La vida dura y el afan sentimental;
La cuotidiana prosa de esta municipal
Ciudad que guillotina á Ilusión é Ideal;
Donde si algún sonar de pífano y de lira—
Que para canto ó sueño en el azul se inspira—

Se escucha, es apagado por más alto y sonoro
Que sea, por el mercader á quien su oro
Canta una sirénida canción maravillosa;
Y la literatura: mal sana y venenosa
Mujer; y la Mujer siempre fatal, perenne
Segadora de bríos y melenas... y adviene
Mi éxodo á la aldea.
Allá es donde entre vides
Se vé el caprino rastro de Pán, que sabe ardides
Lúbricos, y motivos que interpretan la pauta
Del crepúsculo, en su melodiosa flauta;
O se oye la cauta
Canción del gran Dyonisios que ama el lírico vino
Y la fiesta de Cipris; ó el sátiro ladino
Que en el umbrío boscaje atisba el argentino
Cabrillear de una forma de mujer que se baña;
Y el pastor, y el cabrero que habitan la montaña;
Y la montaña que alza su enorme orgullo como
El penacho de América; y el cóndor que su lomo
Puebla. Es á esa aldea á donde va mi paso;
Y yendo desde el Plata al Ande, desde Oriente
A Occidente, voy como si fuera hacia mi ocaso,
Que siendo ocaso habrá de ser mi gran aurora!

Camaradas, fraternos homérida que ahora
Sois cual yo de Pegaso los bravos caballeros;
Brazos de la Esperanza, que habréis de ser los fieros
Combatientes por el inmortal ideal
De la Verdad y de la Belleza inmortal:

Yo os saludo y agito mi pañuelo con una
Emoción explicable por toda ausencia, sea
Que uno tome el difícil camino de la Luna
O en retorno, el camino que lo lleva á la aldea.

Emociones Pradiales

Al Dr. Joaquín V. González

SÓN LEJANO DE FLAUTA...

De súbito se puso gris el día,
Y el cielo de las cándidas praderas
Pareció que llorase las primeras
Lágrimas de una gran melancolía

Balaron los rebaños lastimeras
Voces de desconsuelo y agonía,
Y en el atardecer, sobre las eras,
El oro de las mieses se moría...

Un vaho de heno venía de las tranquilas
Huertas, mezclado al son de las esquilas;
Y á veces, en la ambígua luz brumosa.

Llegaba del confín de la llanura
La voz triste, infinita de amargura,
De una flauta lejana y temblorosa...

RECORTADO EN EL ALBA

Las nieves que bruñían la montaña en torrente
Han descendido al valle, y sobre la pradera
Fatigada de invierno, y encima de la era
Propicia al golpe del arado, la simiente

Fructifica. La espiga se inclina quedamente
Verdeando al soplar del viento, cual si fuera
Crispada por la matinal aura primera
De Floreal que se inicia en el vital ambiente.

La aurora ha poco tiempo se insinuaba y el cielo
Volcaba en las praderas su infinito consuelo
Y vestía su traje pálidamente malva.

Y cuando la luz todo lo hubo poblado;
Se vió en la aurora roja, conduciendo el arado,
Un labrador, erguirse, recortado en el alba.

LA PRIMERA HORA DEL DÍA

Del bosque lenta, iníciase la enunciación de un trío
Matinal. Primavera luce el traje de rosa
Que agrada á la bohemia y sutil mariposa,
Y sobre las corales hay iris de rocío.

Bajo el palio de sauces canta unánime el río
Su canto sempiterno, y estalla la harmoniosa
Risa de la cascada que se deslie espumosa
Y corre con la linfa reprimiendo su brío.

Sobre el lago, cual una ligera carabela,
Un cisne inmaculado va dejando su estela,
Como un lirio sobre una gran esmeralda plana

Y en las frondas las brisas elevan un sonoro
Himno al sol, que destiende su excelso manto de oro
Y es como una sonrisa de Dios en la mañana.

LAS VIÑAS

Entre las hojas brilla el oro de la uva,
Y en los cuatro horizontes que limitan el llano—
Tan solo en occidente el gran muro lejano—
La viña, la embriaguez en sus frutos incuba

Y la parra silvestre que nadie impide suba
A los álamos y, esta, que en su lozano
Verdor dice de un sabio viticultor la mano,
Aguardan el ya próximo fermentar en la cuba.

No parece sinó que el alto beneficio
De los antiguos dioses se mostrára propicio:
Pan el grande, Dyonisios-de los sabios ardides.

Yo á veces he sentido en las tardes de seda
Irse lejanamente la melodía queda
De una flauta ó una sombra vagar entre las vides...

LA ALDEA

En la única calle se amontonan las casas
Donde un jardín exíguo la heredad floraliza.
Las campanas á vuelo están llamando á misa
A las sencillas gentes silenciosas y escasas.

Ha poco que la aurora, de llameantes brasas,
Incendiara los cielos. Y bajo esta sonrisa
De luces, la pradera se primaveraliza
Y el rio corre en sus sempiternas cachazas.

Poco á poco se puebla la alegre plazoleta
Del labrador que llegó á pie ó en su carreta,
Con su familia, desde su huerta no lejana.

Suaviza todo la primaveral frescura.
En eso llega—el libro bajo del brazo—el cura
Y á su paso se inclina la humildad aldeana.

LA HEREDAD

El labriego me muestra sus lozanos barbechos—
Viñas futuras—sus hortalizas tempranas
Las parras que están llenas de frutos, las manzanas
Que inclinan con su peso los ramajes derechos.

La bodega sombría nos anega los pechos
Con su vaho de frescura penetrante y lozanas
Las cubas y las pipas, aguardan las mañanas
Próximas de vendimia y de óptimos provechos.

La enredadera trepa al techo sus glicinas,
Violetas y suspiros, y estas flores divinas
Alegran; y, á su sombra, el rústico labriego.

Contento de su suerte, sin pensar que es viejo,
Cata, y me ofrece un poco del vino más añejo,
Mientras se va la tarde, naufragando en su fuego.

EN EL HUERTO

Vamos juntos al huerto en busca de manzanas.
Angela y Espertilia triscan como corderos
Entre las altas hierbas. Othylia y yo primeros
En llegar, escuchamos de las dos charlatanas

El reir infantil. De pronto ya cercanas,
Se han detenido , y se oyen cuchicheos ligeros.
¡Es un fácil enigma, han hecho prisioneros
Los pájaros de un nido las ingenuas tiranas!

Angela—quince años—tiene naciente seno:
Es una flor que se abre á los vientos serenos
De la ilusión. Trece años, Espertilia, da celos

Por su belleza á Angela. De Othylia ¿que diría?
Que es la Aurora y Floreal ¡Serafín—melodía!...
...A lo lejos el Angelus acongoja los cielos.

DIÁLOGO PASTORAL

Es la tarde; el crepúsculo se ha vestido de malva,
Y en los trigales rubios glisa el céfiro lento.
Othylia, si algún día yo olvidase tu acento
Viendo pasar las nubes?...—La noche tiene su alba.

—Hay una noche eterna...—Que aún el amor salva
—En tus pupilas verdes hundo mi pensamiento,
Son un mar!...—Son un mar ó son un firmamento..
(El sol se había ocultado tras la montaña calva.)

—Estas viñas se inclinan á tu paso. La espiga
Te saluda pues sabe que su oro se mitiga
Al lado de los oros de tu cabello. El Hada

Eres de esta pradera.—Yo quiero ser la reina
De tu imperio. (La noche su cabello despeina.)
—¡Quiero crucificarme, Othylia, en tu mirada!

BOHEMIA INFANTIL

La tropa vagabunda de pilluelos inicia
Su emigración del pueblo, en busca de praderas,
De bosques, de arroyuelos, de sol y de quimeras.
La mañana es al éxodo fraternal y propicia.

Se creen conquistadores de un país sin noticia
O de un mundo lejano. Atraviesan las eras
Cortando los caminos, ó arrancan las primeras
Frutas de Estío. Su libertad les acaricia

Y les embriaga. Llegan á un arroyuelo; el sauce
Sombrea las orillas del silencioso cauce
Y en el agua se sienten en su propio elemento.

Meriendan un yantar escaso, y el regreso
Emprenden. Y la hora que oprime con su peso
Y que mustia los campos, calla su pensamiento.

SAUDADE EN EL TRAMONTO

Como si fuese hermana la extenuación del día —
En vagas palideces de oro en el ocaso —
Con esta suave pena de terciopelo ó raso
Que siento en mí como una delectable agonía:

Palpita al unisón, como una melodía
En el oboe y el corno. El resplandor escaso
Del Sol, dora las viñas por donde vaga acaso
El espectro de Pan con su melancolía...

Las montañas azules y lejanas al fondo
Del paisaje, parece que meditan un hondo
Pensamiento, un abstracto y oscuro pensamiento.

Y en el último rayo que se pierde en la sombra,
Yo me estremezco como un niño que se asombra
En un trágico y solemne estremecimiento.

LA MONTAÑA

FUEGO DE LA CUMBRE

En un charco de sangre murió el sol esa tarde
Tras de la cana barba del grave Chimborazo.
Las nubes en un largo y fraternal abrazo
Su pensativa frente ungieron esa tarde.

El verde mar de oriente hacía vano alarde
De furias: sus tropeles llegaban al regazo
En que descansa el Ande, muriendo en el ribazo
Hostil de duras rocas, de furia haciendo alarde

El coloso pensaba Su hermano el mar rugía.
Era un soberbio día, un luminoso día;
En el cielo reinaba una infinita calma.

¿Qué sentiría aquel monte en su pecho de llama
Que alzó desde su nuca un ardiente oriflama?
Dentro el monte un Titán se retuerce. Es su alma.

LA MONTAÑA

CLARO DE LUNA

Ya viste su coraza de nevada el gigante
Tupungato, y duerme en su lecho milenario.
Es un bruñido espejo la nieve y la distante
Luna refleja en ella su rostro visionario.

Precursor de tormentas, da su gran voz vibrante
El viento, y va arrastrando por el enorme estuario
Del valle, su harmonía quejosa y sollozante,
Quejosa y sollozante por el enorme estuario...

De las nubes desfilan las fantásticas tropas;
En retirada llevan sus desgarradas ropas;
Van despacio, esperando que llegue la luz diurna.

Y con hondo cansancio, con enorme desvelo,
Va tan solo la luna peregrinando el cielo
En esa formidable desolación nocturna...!

Los poemas del Hednas

A Gustavo Caraballo

LOS CUATRO SÁTIROS AMIGOS

En esta hermosa tierra del Hednas en que hoy día
Se renuevan las eras de luz y de armonía
De aquella feliz Hélade que fuera la morada
De nuestros abolengos, vivimos sin que nada
Venga á turbar la paz de nuestros días: Nilo,
Cyrino, Plango y yo, Lykas, en un tranquilo
Disfrutar de las dulces horas de nuestra vida,
Que se desliza fácil por entre la escondida
Vallada en donde todos naciéramos, sin más
Quehacer que, para nuestra comida, tomar las
Rojas frutas sabrosas en los libres plantíos
O en las viñas; ó ir al borde de los ríos—
Que por todo lugar fecundan este suelo
Desde la alta montaña que es un pilar del cielo
A la vasta llanura que se extiende sin fin,—

A vagar; ó en las siestas, cautelosos y sin
Ruidos, espiar las jóvenes que en su agua transparente
Se bañan, ó tomarlas de sorpresa en la ardiente
Hora, y huir riendo entre los matorrales.

Nilo, el mayor de todos, es sabio en artes, tales
La de hurtar miel ó higos, tocar la dulce flauta
De siete acordes cañas, ó bien, tras de la incauta
Jóven, tenáz y rudo, perseguirla y violarla
Alegremente; es ágil como ninguno y parla
De cosas misteriosas que él aprende observando
La Vida. Gyrino es muy jóven; sabe cuando
Algo es realmente bello. De mí aprende cautela,
Y nos guía por todo; Gyrino es el que vela
Nuestro reposo. El sueña blancos cuerpos ahora
Que despierta á la vida. Con provecho atesora
Mi experiencia, y adquiere de mi sabias lecciones
Para en dulces y suaves ritmos hacer canciones.
Plango, el menor de todos, alegre é ingenioso,
Es sagáz para nuestras artes, y siempre airoso
En cualquier lance, triunfa. Nuestros juegos y bríos
Imita, y ha inventado el pescar en los ríos.
Yo Lykas, el menor que Nilo, he aprendido
A sonar bien mi flauta, y un Aéda perdido
En un bosque, al que un día salvara de la Muerte
Prestándole solícitos cuidados quiso en suerte
De pagar mis favores. enseñarme la historia
De nuestra antigua raza, su tradición de gloria
Que quiero perpetuar hoy día, y las divinas

Fábulas de la Hélade, rientes y cristalinas.
Aprendí á sumar números de melodías para
Hacer los suaves ritmos que Apolo nos depara,
He hice dulces canciones que enseño á los pastores
Heridos en su alma por los dardos de amores,
O que yo por las tardes suelo cantar, la hora
En que todo es más bello ó en que nuestra alma llora.

He aquí lo que somos. Nuestra vida es hermosa.
Nada viene á turbar nuestra vida harmoniosa
De hijos de los bosques; naturales instintos
De la Naturaleza conservamos, extintos
Tan solo de nosotros, — que con vigor llevamos
La tradición de raza, — los cuernos como ramos
Retorcidos, las barbas y las patas de chivos,
No obstante de ser sátiros, como el dios PAN, altivos.

LA SIESTA DE LOS BOSQUES Y LOS PRADOS

Yo vagaba en la siesta bajo el cálido rayo
Del sol que daba á todas las cosas un desmayo
De infinitos deseos y languidez. Erraba
Solo por la barranca del río que bordeaba
Verdes prados y viñas profícuas. No se oía
Más que el ruido del agua que allá abajo corría
Por entre cañas y rosales, y el zumbar
De las abejas de un vecino colmenar.
Parado en un altío, ví venir á lo lejos
Una jóven. El sol bruñía como espejos
Los campos refulgentes de luz, y en una espera
Sagáz, me oculté; á poco, la jóven á mi vera
Pasando, no pudiera derribarla porque iba
De su mano un pequeño niño. Pero la esquiva
Al sentirme, tornárase, y al llamarla, miedosa
Se alejó, más, volviendo la cabeza, curiosa

De verme así desnudo, una vez y otra. Ha visto
Mi deseo y comprende mi signo en que yo insisto,
Y torna la cabeza á mirarme. — Yo sé
Que soy hermoso y blanco, y fuerte y sabio, y que
Ella quiere rendirse. — A lo lejos al ir
A entrar en la arboleda se vuelve, y á partir
Corriendo me dispongo, para en la solitaria
Pradera derribarla, cuando oigo una varia
Multitud femenina que cerca ríe y me paro,
Observo y veo á Nilo y Gyrino en un claro
Y corro detrás de ellos por el bosque de caña
A espiar la turba alegre, que sin miedo y reparo
Muestra sus bellos cuerpos y en el río se baña.

LOS SÁTIROS ESPIANDO

A orilla del arroyo que corre entre elevadas
Riveras, todas fértiles de árboles pobladas,
De cañas y rosales y altas matas enhiestas,
En donde Nilo, Plango, Gyrino y yo en las siestas
Nos ocultamos para sorprender los encantos
De las jóvenes bellas, ese día, como tantos,
Avizores espiábamos. Por entre los rosales
De pronto se oye un ruido de voces de cristales,
Y se adelanta un grupo de jóvenes que llega
En ese fresco sitio á bañarse, y se entrega
Entre risas y charlas á desnudarse; nuestros
Largos cuellos se estiran, y nuestros ojos diestros
Se agrandan para ver mejor: las cabelleras
Se sueltan, desanudan los ropajes, lijeras,
Y en tanto, dejan ver á los maravillados
Ojos tantas bellezas para los encantados
Sentidos: senos jóvenes y erectos, vientres blancos,

Largas y ágiles piernas y brazos, fuertes flancos...
Cautelosas atisban entre las matas por —
Que presienten que alguno las espía, y sin rubor,
Al no oir ningún ruido, se entregan en las ondas
A sus graciosos juegos, sin cuidar que sus blondas
Desnudeces, que avivan el deseo y hacen que en
Nuestros cuerpos la sangre arda y golpée en la sien.
De pronto alguna más sagáz sorprende el fuego
De unos ojos brillantes entre las cañas; luego
Gyrino se denuncia por algún leve ruido,
Y el grupo de bañantes, al verse sorprendido
Huye en ágiles saltos, libres las cabelleras,
Dando pequeños gritos de susto y con ligeras
Piernas, se pierden,lejos, detrás de los rosales,
Mientras ríen los sátiros por los cañaverales...

NAÏS VIOLADA POR EL SÁTIRO LYKAS

Yo, el sátiro Lykas, en la siesta ardorosa
Esperaba en la orilla del arroyo á la hermosa
Naís, la de la blonda cabellera, peinada
De rayos de sol y oro, Naís la muy amada.
Oculto entre las cañas, cerca del fresco cauce,
En el quieto remanso formado por un sauce
Milenario que presta sombra espesa, y en donde
Naís se baña, ansioso esperaba. — Responde
El ansia, al afiebrado deseo que ella inspira
Y que sueno en mi flauta que por ella suspira. —
De pronto Naís llega! Oh, qué hermosa! Es tan bella
Como Diana su dueña, y esquiva y cruel como ella.
Con lentitud destuerce su cabellera, y larga
El broche de su túnica, y, desnuda — ¡oh que amarga
Angustia! — paso á paso se acerca hácia la onda
Por la espalda rodando la cabellera blonda,
Ergido el seno jóven de mármol blanco y duro
Con una roja flor al extremo; y el puro

Vientre intacto, combado; y la cadera y pierna
Fuerte; el sexo velludo que mi sangre gobierna...
Sus dedos blancos juegan en el agua formando
Círculos que se alargan y se van, ó gustando
De verse reflejada, se contempla en el agua
En tanto que mi ansia miles de ardides fragua.
Al fin entra en el río que besa su divino
Cuerpo, con un inmenso besar! Aquel albino
Cuerpo! De pronto, como al surgir nuevamente,
Y al enjugarse, diera la espalda á la corriente:
Salto ágil y rápido las opuestas orillas;
Mi fuerte brazo obliga á su torso á quedarse
Inclinado, y en tanto lucha por libertarse
Logro violar su cuerpo... y huyo por la ribera
Alegre de la hazaña; mientras que plañidera
Nais, siempre rebelde, los arrancados gozos
Deplora, tristemente, entre largos sollozos

La buena pasión

LA INDECISA

En un sahumar de rosas y de lilas
Dijo la primavera sus maitines
En los labios y cálidas pupilas
Y en la policromía de los jardines.

Su blusa azul celeste inflada apenas
Por los nacientes senos infantiles,
Y la falda cayendo en las serenas
Piernas finas en mil pliegues sutiles,

La cabellera en rizos con dos rosas:
Iba en ritmico andar, y de su paso
Se desprendía una estela de aromosas
Esencias y el frú-frú leve del raso.

Así fué revelada en un tarde
Al entrar la estación de los jazmines,
Cuando la primavera en un alarde
De fragancias decía sus maitines.

Su encantadora pubertad que llena
De tentación y afrodisía los ojos,
Se amengua y hace de ella una azucena
En su inocencia y sus rubores rojos.

Y acaso por influencia de las brisas
O por que hubiese en todo primaveras
Huyeron de sus labios las sonrisas
Para hacerse un misterio en sus ojeras.

Y desde aquella tarde, ingenuamente
Deja quemar sus senos en un grave
Fervor hacia el mancebo que, inclemente,
Cortó sus alas de querube ó de ave.

Y si á las veces sin consuelo llora
No es que tristezas duelan sus abriles,
Si porque amando más en cada hora
Siente sufrir sus senos infantiles.

Desde la tarde aquella en los jardines
Que, en un sahumar de rosas y de lilas,
Dijo la primavera sus maitines
En los labios y cálidas pupilas.

EL PASEO

Lelian no recordaba si era morena ó blonda;
Solo el nombre, la voz lejana, calma y honda,
Y su mirar de estatua, visitaban su sueño
Familiar. Otro había que en su celeste ensueño
Veían las manos blancas, exangües, desmayadas;
Alguien del oro del cabello y las miradas
Misteriosas y aquel sonreír sempiterno
En su boca. Yo solo me recuerdo del tierno
Seno en que he reposado mi doliente cabeza
Y de esa boca roja que tiene tal pureza
Que hallo en ella un perfume ingenuo é infantil,
Que es el mismo perfume del aliento sutil
De los niños de pecho y los lindos perritos
De tierna edad...
Aquella noche, de mis malditos
Fantasmas cuotidianos rodeado — son la Vida
La Lujuria y la Muerte — la pureza perdida
Revivió en dulces sueños angélicos y puros
No obstante la presencia y aquellos gestos duros
De mis divinidades familiares. El día
Se hizo para el alma al tiempo que surgía

La mañana invernal tan suave que se hubiera
Creído ser de un dulce día de Primavera,
Rosado y claro, más, velado un tanto acaso
Por algunos cendales violetas ese raso
Del puro azul del cielo. Paseando en el suburbio
Solitario, desierto y lejano, algo turbio
Quizás; sintiendo al lado el calor tan suave
Del cuerpo de mi amada infantil,—casi un ave
Celestial,—se llenaba el espíritu de una
Calma paradisíaca, como un niño en la cuna,
Dispuesto á la dulzura y al goce de la vida,
Y tan sutil y ténue como si requerida
El ala de otros días, ya de materia ahito,
Anhelase beber un poco de infinito.

El día propicio, la superconciencia; esa
Aurora espiritual; la suave tibieza,
Y aquella idealidad que hacia mí venía
De mi amada harmoniosa como una melodía; —
Con un cuerpo de una serenidad pagana
Y el alma pura y mística de una virgen cristiana;—
Llevaron mis pensares suavemente hacia una
Disertación que dijo los bienes de la Luna
La maravilla de la vida y el amor;
La esperanza que se alza de mi antiguo dolor;
De los perros, de Cristo, de los monos, del hombre
De los asnos, las nubes y aún del superhombre
Y los cisnes. Y nuestro pensamiento vagaba
Por cosas metafísicas á la vez que se hallaba

El alma llena de realidades tan bellas
Como los sueños. Vimos que nacian dos estrellas
Al par que nuestras almas anhelaron un beso.

Paralelo al crepúsculo inicióse el regreso.
Y esa hora que tiene un maleficio oculto
Para atristar las almas precipitó un tumulto
De sombras en mi espíritu.
A lo lejos se hundía
Un caserío y en la roja lejanía
Los molinos de viento como grandes arañas
Se envolvían del crepúsculo; como diciendo hazañas
Epicas, las enormes chimeneas alzaban
Sus airones de humo, antorchas á que daban
Luz los últimos rayos.
Ya de noche, las manos
Temblorosas de adioses, olvidando mis vanos
Optimismos, dije unas palabras silenciosas:
Porque yo en el tramonto como todas las cosas
Guardaba, inevitable, un silencio doliente,
Agobiado el espíritu, abatida la frente.....
Se alejaron en eso por la ciudad ruidosa
Sus padres, esos pobres viejos; la tumultuosa
Multitud envolvíólos y los miré alejarse
Caminando lijeros, muy juntos, cual por darse
Calor; y parecía que se iban con una
Ilusión más acaso; yo pensé con alguna
Tristeza más ¡quién sabe!... Pues no se porqué arcana
Influencia, el alma mía desde por la mañana
Auroral, se dió á una tristeza sobrehumana !

EL TONO MENOR

A Horacio Quiroga

La dulzura de luz de la estrella en la urna
De la noche se vuelca suavemente y parece
Un templo silencioso la noche, en que se mece
El incensario vago de la brisa nocturna.

Yo te quisiera como una noche en la diurna
Claridad; silenciosa como un templo en que rece
Lentas yaculatorias del amor; así en ese
Modo, más te amaría: pausada y taciturna.

Sé silenciosa amada mía; sé silenciosa
Y vaga; deja aquella tu risa melodiosa
Para días de primeral aleluya.

Yo amo tu reír, pero más tu sonrisa
Como una luz que tus rojos labios irisa;
Y en tu silencio es que mi alma se arrulla.

LA BUENA PASIÓN

Tenía trece años cuando llegué á su vera
Para llevar mi otoño hasta su primavera,
Y, apenas pubescente me fué dado inspirarla
Una suave pasión, y así empecé á educarla
En mis ideas de arte y en mi alto sentido
De la vida. Ella sabe que el beso no es prohibido
Y no existe el pecado: que Jesucristo es malo
En estos días; sabe que hay que ornar en un halo
De sonrisas los llantos, y solo es verdadero
El Amor y lo Bello en este pasajero
Existir; y ha dejado que sea el escultor
De su espíritu, dúctil á mi cincel de amor.

Todo amor sano, ingenuidad y risa franca,
Este angel ha sabido dormir ante su blanca
Inocencia el fantasma de mi lujuria antigua,
Que aparece en la forma de una dulce y ambigua,
Y humana y buena sensualidad sin agrura,

Que no tiene la acre y punzante amargura
Del licor apurado de un sorbo ó de ese vaso
Que se bebe hasta el fondo con placer tan escaso.

Nada más lejos de esta pasión suave y ferviente
Que el elegiaco romanticismo que en fuente
De ancestrales prejuicios cristianos tiene origen, —
Resabio en que anteriores existencias se erigen. —
Ni nada más lejano de las perversidades
De otros días, que llenan mis viejas soledades,
De que saben mis manos, mis dientes, y mis labios.

Compuesto de ternuras infantiles y sabios
Refinamientos este amor halla delicias
Infinitas en simples, en ingenuas caricias:
En manos tiernamente apretadas; se encanta
En la dulce blancura del brazo y la garganta;
Y los labios se abrevan de su sed en los largos
Besos, ojos cerrados, sumidos en letargos
De éxtasis. Las manos sienten un religioso
Cariño por los senos erguidos en glorioso
Triunfo, agudos cual los de la Venus de Milo.

Su alma es á la mía un hospicio, un asilo
En donde olvido todas las miserias y llantos
Y los laceramientos y los hondos quebrantos
Del espíritu; todas las tristes amarguras
Del presente y las pretéritas y futuras.
A su lado se aprecia como el amor es bueno,

Ya me hunda en sus ojos ó me duerma en su seno,
Porque este amor á nadie hace sufrir; y cada
Vez que me alejo de su cálida mirada
Con el alma por su ternura adormecida,
Desde su puerta empiezo á bendecír la Vida!

Clarines heráldicos

CLARÍN HERÁLDICO

A Eduardo Talero

I

Mi espíritu ha quedado vibrando como un ala;
Como una débil hoja torturada del viento.
Y se exhala mi alma frágil al firmamento,
Y yo quedo temblando porque mi alma se exhala
Y la pobre materia se queda sin aliento....

Qué martirio inaudito, qué anhelos extrahumanos
Y qué extraños dolores me han dejado contricto?
Mi alma se ha escapado de mi ser con un grito
De horror y de locura, y ha huído, y mis manos
Se alzan en un delirio de alcanzar lo infinito!...

¿Qué impotencia me postra y que fuerza me clava
En la inercia y me impide que mi espíritu agite
Sus alas, y mi pecho que respire y crepite?
¿Qué filtro yo he bebido, en que sabat estaba
Mi espíritu ó que súcubo en mi ser se derrite?

¡Oh misterio, oh divino y sonoro misterio
Que se muestra impecable y descorre sus velos!
Y que inunda mi alma de un augusto salterio,
En un canto de cantos de oboes y violoncelos,
Y que abre para ella las puertas de los cielos!...

II

¡Oh que ojos sobrehumanos! Orla de un nimbo frágil
El oro que aureola y que líquido rueda
Acariciando el cuello — eburnea torre ágil
De lirios — seno núbil que irrumpe de la seda,
Pletórico de nieve palpitante, y remeda

Una copa que vuelca sobre el pecho su urna
De mieles rosas en la vigilia nocturna.
Los deseos prendiendo su llama en sus pupilas,
Han encendido mi inconsciencia taciturna
Aletargada en sus tardas horas tranquilas.

Sus manos, como dos ramas en primavera,
Han perfumado mis noches; y mi quimera
Me ha llevado á palacios fabulosos, palacios
De leyenda; y entonces yo miré la primera
Noche en que las estrellas eran dulces topacios.

III

En sus caderas no hay lujuria; y no hay lujuria
En sus ojos ni en sus manos inverosímiles,
Ni en sus senos — violentos como una ágil injuria —
Ni en sus muslos potentes — imponderados símiles
De columnas — no hay lujuria, no hay lujuria!

¡Ah! la lujuria triste de la carne, la triste
Lujuria de los libros. Yo me estremezco y siento
La Muerte de los Besos en los labios. Presiento
La honda melancolía que en el espasmo existe
Y la muerte que viene tras el beso violento!

Vuélvete, Codiciada, si vienes prostituida,
Y si quieres lujuria, y si quieres los besos
Malditos, y si quieres verte á mi alma unida
En los locos enlazamientos y en excesos,
Que yo no quiero darme la muerte con tus besos!

IV

Quiero elevar un alto, gran cantar de esperanza.
He descubierto mis ignotas energías.
Voy á ahorcar las lujurias y las melancolías,
Y á todos los dolores que tienden su asechanza,
Y á todas las tristezas que acongojan mis días!

Quiero decir la grande eclosión de la vida
En mi cuerpo que florece en rojas sonrisas,
Regenerar mi alma que estaba prostituída,
Y dar toda la lira en alas de las brisas
Primaverales, sin la tiniebla deicida.

Quiero nimbarme de sol y de mariposas,
Y en mi estancia labrar mi oro con mi buril.
Coronarme con una gran corona de rosas,
Rodearme de lirios y abejas rumorosas,
Poniendo un cerrojo en mi torre de marfil.

V

Tu seno intacto es fuerte. Tu cadera sugiere
La vida. De tu vientre intocado se expande
La vida. Esa fecunda muestra pide y requiere
El genital connubio de que nacerá el grande
Antropos, de ese vientre que la vida sugiere.

Yo quiero procrear el precursor que llega
Y asombrar á la vida. Haré que el sol se asombre.
Su estrella, que se ha visto, en el azul navega.
Las razas lo requieren El mar dice su nombre.
Nacerá el precursor ó el mismo superhombre.

¡Oh que ojos sobrehumanos! Los tendrá El, el futuro
Antropos, culminante cima de los abismos,

De los orbes suprema obra. — Ya todo impuro
gesto es vano é inútil — Y ha de tener los mismos
Ojos. Tendrá tres almas este Antropos futuro.

Dos serán sus dos ojos, mirando al infinito
Las dos; la otra sobre si mismo. Y el vidente
Será dueño del Orbe Más, precisa el potente
Mar y cielo de tus pupilas, el clemente
Lago en dos de tus ojos que vió mi alma en un grito.

Prodigiosa, por fin encontré mi energía,
Mi primavera, mi astro, y mi mar y mi abril.
Arrojo mi lujuria y mi melancolía,
Y ante el sol que deslumbra en la frente del día,
Abro mi alma y cierro mi torre de marfil.

MAGNA FŒMINA

Yo amo las mujeres de este tiempo en que vivo;
Tiempo donde vive el superhombre latente.
No van desnudas como las ninfas, ni el altivo
Cuerpo ostentan vistiendo como en la era riente

De gracia de la Hélade. No se visten de tiaras
Sobre la frente y en el cuerpo joyas raras,
De leve hipil ó peplo. No son persas ni púnicas,
Ni egipcias ni romanas llevan las blancas túnicas.

Ni cual las castellanas del medio-evo el birrete
Cónico, el velo blanco, la melena y los pajes
Que recojan las colas. Ni siglo diez y siete
Ni diez y ocho... Aún persisten las plumas, los encajes,

Y las pieles que guardan, como en un cofre, el oro
De las formas, los cuerpos como un raro tesoro
Oculto á las miradas profanas; y los ojos
Y los cabellos quedan, quedan los labios rojos.

Yo no las amo por sus ojos ni sus senos
Ni sus labios, ni sus formas esculturales,—
Aunque algunas caminan con ritmos tan serenos
Como Venus bajadas desde sus pedestales.

No tienen alma casi, más sus vientres aguardan
El superhombre que ha de venir; ellas guardan
Sus vientres para el gérmen sublime y portentoso
De donde nacerá aquel ser maravilloso.

EL PÁLIDO

Nadie sabe de donde surgiera. El era hijo
Del Misterio, y en el misterio se envolvía.
Huyendo de los hombres á la Vida maldijo
Y se encerró en la torre de su melancolía.

El nunca conociera la vida, y la alegría
Del abrazo en el seno de la mujer; y fijo
En su ideal de sombra, en un trágico día,
El mismo se dió muerte sobre su crucifijo.

A través de los siglos impera su tristeza
Como inmensa tiniebla en la naturaleza,
Y su amargado vino en nuestras almas vierte.

Porque este tenebroso hijo de los misterios,
Conquistador supremo de los dos hemisferios
Era el trágico y pálido consorte de la Muerte.

CONTRA EL ORIENTE

A Alberto Ghiraldo

LAS VOCES DEICIDAS

Y empieza una voz
Es del viejo país del sol, seco y ardiente,
De donde viene todo nuestro mal; es la fuente
De la sombra que envuelve nuestras almas; y el Cristo,
El Pálido, el culpable de nuestra incertidumbre
Y de nuestra tristeza, de ese mal nunca visto
Que mató la alegría.

Y otra voz
El Pálido es la cumbre
Que culmina á través de los siglos: tiniebla
Desplegando sus alas que, tornando abatida
Nuestra frente, de trágicos martirizados puebla
El infinito imperio de la Muerte.

Y otra voz dice:

La Vida
Volvióse triste y mústia desde el fatal momento
En que El subió al Calvario á sufrir el tormento.

Y la gran voz deicida

¡No! Cristo ya no existe, ha muerto; Dios ha muerto,
No hay dioses: el cielo ha quedado desierto!
¡Y nos vemos rodeados en la sombra por fuerzas
Desconocidas, por las tinieblas adversas
Y el profundo misterio que abate el alma fuerte,
Que en los cuatro horizontes ninguna luz advierte!
...¡Y no hay á quien volver nuestros puños crispados
De odios! ¡No hay á quien gritar los anatemas,
En nuestra rebeldía de hijos desamparados,
Que la boca rebosa en las iras supremas!
¿A quién volverse, contra que viejo Dios erguirse
A rogar por el alma que ya amenaza hundirse;
A quien pedir piedad á quien echar en cara
nuestro mal?

Y contesta una voz

Es del viejo país del sol ardiente
De donde viene todo nuestro mal, que procreara
Al Trágico.

Y otra voz

Es el Pálido-dios-de-brazos-abiertos
Que llenó de tristeza la Vida. El es la fuente

De todo nuestro mal. Por El vamos inciertos
Navegantes, con rumbo á la costa sombría
De la muerte, soñando en un eterno día;
Desde la tarde en que el trágico visionario
Sufrió el martirio inútil en el monte Calvario.

EL ANUNCIO

A Ricardo Rojas (*)

Ricardo: te saludo invocando á la Luna
Para que te proteja sobre el mar de la onda.
Tu sabes que la onda verde y curva, por una
Influencia de la Luna, es perversa y aduna
Lo fatal y maligno de la mujer la onda.

Desconsolados siguen tras de tí mis adioses,
Porque, Cruzado de la perenne quimera,
Te vas á los países que habitaron los dioses;
Pero te vas, acaso, porque tú desconoces
El gran florecimiento que hoy anuncia otra era.

Las musas que fugaron de la Hélade, ahora
En Lutecia reviven y, como antes de Grecia,
Toda el Orbe se llena de su gracia sonora.
Pero llega la hora, esa trágica hora
En que habrá de morir, como Grecia, Lutecia.

(*) En ocasión de su viaje á Europa, 1907.

Asustadas las musas buscarán otros cielos
En donde renovar otra vez la Harmonía:
En América entonces reposarán sus vuelos;
Y la sombra de Palas desplegará sus velos
Por revivir de nuevo la excelsitud de un día.

Inusitado florecimiento de aurora
Anuncia la cercana era, propicia era
Para el que ha de venir, para el que ya demora,
Para el dominador; ya se acerca su hora;
La Tierra estremecida de deseos le espera.

A veces en el aire creo escuchar un grito
Y un estertor que llega de no se qué infinito
Abismo luminoso. Quizá es la dolorosa
Gestación de esa cumbre soberbia, acaso el grito
De la sombra que cae entre la tenebrosa

Eternidad. Los vientos de esperanza han soplado
Sobre las cosas mústias ya de tanta tristeza
Y á su hálito prolífico todo se ha renovado.
Hamlet, por fin vencido, á agonizar empieza,
Y la Cruz cae como un pendón derrotado.

En fin, ya que te vas y en Lutecia te espera
El abrazo y el brazo fraternal de Rubén;
Bajo esa luz en donde la excelsitud prospera
Del arte y donde acaso hallarás tu quimera:
Te pido que en mi nombre saludes á Verlaine.

Eres joven y fuerte. Eres americano
Verdadero. Eres dueño del verbo, y en tu frente
En que es blasón la negra crín, verás, soberano,
Lucir el laurel verde en tiempo no lejano,
En esa ancha, en esa tu magnífica frente.

Elegido: termino invocando á la Luna
Para que te proteja sobre el mar de la onda.
Tú sabes que la onda verde y curva, por una
Influencia de la Luna, es perversa y aduna
Lo fatal y maligno de la mujer la onda.

FIN

Erratas notables

PÁG.			DEBE DECIR
19	verso	8	Que llegó desde el hondo azul del infinito.
22		21	Como ninguna dulce! Por eso adora á Schumann.
26		1	No podemos ya, Enone, vagar bajo la fronda,
27		2	Y las montañas. Junto al río los carrizos
31		2	Visten de blanco y rosa ó de azul, y en la mano
31		3	Cada una trae una flor, un mirto ó un aciano,
31		14	Y divino, recibe, de cada una, una flor.
34		3	Y la tarde sonríe en violetas divinos,
34		6	Eleva hacia los cielos; se oyen argentinos
36		8	Coqueta, el haber dicho, muy pudorosa, un sí
42		11	Que desciende á países, aun los *más* distantes,
42		22	Y Wadan y Tristan y Thor, ya qué distantes,
51		3	«Convalece de males exquisitos», quemada
51		12	Y, encerrada en su cuerpo frágil de *marquesita*
56		14	y de ternuras extenuada
58		14	Que tengo miedo en este instante;
69		15	De la visual el círculo, ya sea que el paisaje
69		16	Copie el espacio cóncavo ó que grabe el *miraje*
70		6	Melancolía de Schumann, ya del fulgor de luna
71		23	Lo más excelso, lo Unico. Venus sobre los seres
72		10	Pero sé que la *curva* es de origen divino.
75		9	Tú, como un genio bueno, me enseñaste la ruta
75		13	Y asaetear mi carne..... Señor, si tú quisieras
76		9	Porque no hubo un hombre, aún, que mancillase
79		4	Esos rostros exangües llenos de palideces,
80		5	De amor ó de dolor, *más* siempre una suprema

PÁG.			DEBE DECIR
81	verso	6	Cruza un perro á mi lado. Algún árbol distante
83		15	Seres que están siempre en acecho
84		3	Gustan en ellas cielos, mundos
86		4	¡Pobre Lelian, yo siento que en mí tu ánima pena!
89		9	Es el sordo y profundo bramido de los seres
89		17	Del sábat; ayes de cortesanas ó heteras
90		10	Con sus montañas y sus bosques y sus viñas,
90		15	Al fin y al cabo, ¿es esta ciudad maldita
91		1	He pedido á Robert Montesquiou Fezenzac
91		13	Ornáran en guirnaldas. En tu frente: topacios,
91	nota	(*)	¡Oh, divina garganta, que yo he soñado hendida por un collar sangriento!
92	verso	1	Y rodeando el vientre un collar de turquesas,
94		10	Tentándome! Del Pálido, que aplastó la pagana
94		21	Ungió con su divino ungüento y su dorada
97		2	Tu boca para el suave beso, trémula y cauta,
97		4	Matinal, que iniciara de su vivir la pauta.
102		20	De la cual nunca oí el acento,
111		11	Pues ellas ignoraban, ingenuas, esos sabios
114		8	Buscando ser melodía.....
114		19	Dar su ritmo á nuestro paso
120		2	La vida, y todo conocía:
123		4	Al Angelus, llamando á la aldeana
123		8	De las sirtes me aferran. Las saudades
131		22	La mirra del deseo y mi ensueño á ofrendarte
132		12	O si ya ha muerto la ilusión,
133		13	Su paso es lento y vacilante
133		19	....., Y la Esperanza ¿ha fallecido?
133		20	¿Estará muerta la Ilusión?
136		13	Prega á los manes, llora, sea tu llanto muy triste,
140		8	Baudelaire, Verlaine, Samain, desmienten mis elogios
145		4	Yo iba á preguntar el porqué de mi ruta
145		15	Y mientras que navegas en tu yate argentino
149		6	Lacerada, irá en busca de saludable calma.
149		10	He dejado girones de espíritu, sangrado
149		12	Darán tranquilidad á el alma. Primaveras

PÁG;			DEBE DECIR
149	verso	13	Pondrán más fuerte savia en mis venas. Mañana
152		8	De la madre y la hermana que el corazón abraza
152		20	Que eran mi corazón y mi alma tan grandes
153		4	Y la literatura: malsana y venenosa
154		4	O en retorno, el camino que lo lleva á su aldea.
157		11	Y á veces, en la ambigua luz brumosa,
158		12	Y cuando ya la luz todo lo hubo poblado,
159		4	Y sobre las corolas hay iris de rocío.
160		4	La viña, la embriaguez en sus frutos incuba.
160		11	Pan el grande, Dyonisos de los sabios ardides.
161		10	Del labrador que llega á pie ó en su carreta,
162		12	Contento de su suerte, sin pensar en que es viejo.
163	,,	9	Angela—quince años—tiene nacientes senos:
167	subtítulo		Fuego en la cumbre
167	verso	8	Hostil de duras rocas, de furia haciendo alarde.
175		5	A sus graciosos juegos, sin cuidar de sus blondas
176		17	Erguido el seno joven de mármol blanco y duro
183		5	Veía las manos blancas, exangües, desmayadas;
186		11	Para días de primaveral aleluya.
193		7	Y qué extraños dolores me han dejado contrito?
204		13	Todo el Orbe se llena de su gracia sonora.

INDICE

Página

PRÓLOGO DE RICARDO ROJAS..... 5
Palacios de Ensueño 15
El campanario y las campanas..... 19
Caballero del arte..... 19
Arte poética..... 20
Escollo..... 22
Palacios de ensueño..... 23
Sombras Helénicas..... 25
Danza antigua..... 25
Marsyas..... 26
El consejo de Pan..... 27
Othylia..... 28
Paneaux Botticelli..... 31
Las nueve hermanas..... 31
Retorno de Floreal..... 32
Fœderis arca..... 33
Homenaje floral..... 34
Tríptico Watteau..... 35
I.... 35
II..... 36
III..... 37
Los beneficios de la luna..... 39
El jardín de las sonrisas..... 47
Ecce fœmina..... 49
Díptico sentimental..... 51
Honoria..... 51
Anadyomena..... 52
Aquella noche..... 53
Cuando al volver..... 55
Besos en el crepúsculo..... 57
La canción de las acacias floridas..... 59

gina

anción de ausencia 61
El final del poema 64
Sobre la línea curva 67
El ornamento de la Soledad 73
El invencible hechizo 75
Delectación 76
Las púberes 78
Las mujeres demacradas 79
La misa 81
Las mujeres flacas 83
El arrepentimiento del espasmo 85
La noche 87
Las ciudades 89
Crisopeya 91
Flor de Israel 93
Laude de la boca y de las manos 96
Elejías mínimas 99
Ave Honoria 101
Sueño de Otoño 105
La huella de mis labios 108
Aquel sueño de Otoño 110
La canción del nunca más 113
Los jazmines 116
El incurable mal 118
Virgo tristísima 119
El encanto de lo pasajero 121
El retorno al hogar 122
En las medias tinieblas 124
Confesión 125
Apurado ya el vaso 128
El ensueño imposible 130
Balada de ensueño 132
De la vida y la muerte de Eros 136
La tristeza de ser poeta 137
Vosotros, tú, Homero 139
Esta dulce mañana de claro sol 140
A Enrique Heine 141

Página

El terror ancestral 143
Poema de Cisnes..... 144
¡Oh señor de los náufragos!..... 146
La muerte 148
A la vida..... 149
El retorno..... 151
Emociones pradiales..... 155
Son lejano de flauta..... 157
Recortado en el alba..... 158
La primera hora del día..... 159
Las viñas 160
La aldea 161
La heredad 162
En el huerto..... 163
Diálogo pastoral 164
Bohemia infantil..... 165
Saudade en el tramonto..... 166
Fuego en la cumbre..... 167
Claro de luna..... 168
Los poemas del Hednas 169
Los cuatro sátiros amigos..... 169
La siesta de los bosques y los prados 172
Los sátiros espiando..... 174
Nais violada por el sátiro Lykas..... 176
La buena pasión..... 179
La indecisa 181
El paseo..... 183
El tono menor..... 186
La buena pasión..... 187
Clarines Heráldicos..... 190
Clarín heráldico..... 193
Magna fœmina..... 198
El pálido..... 200
Contra el oriente 201
El anuncio 204
Erratas notables..... 209
Indice..... 213
Colofón..... 216

Este libro se acabó de imprimir en Buenos Aires,
en los talleres de OTERO Y C.ª *el*
primero de Abril de mil
novecientos diez.